

DELPHINE DE VIGAN



Las gratitudes



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

LAS GRATITUDES

DELPHINE DE VIGAN



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Les grâtitudes

Edición en formato digital: febrero de 2021

© imagen de cubierta, Maria Jou Sol

© de la traducción, Pablo Martín Sánchez, 2021

© Éditions Jean-Claude Lattès, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4248-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

*Nous rions, nous trinquons. En nous défilent les blessés,
Les meurtris; nous leur devons mémoire et vie. Car vivre,
C'est savoir que tout instant de vie est rayon d'or
Sur une mer de ténèbres, c'est savoir dire merci.[1]*

FRANÇOIS CHENG, *Enfin le royaume*

*Où vont les mots
Ceux qui résistent
Qui se désistent
Ceux qui raisonnent
Et empoisonnent? [...]
Où vont les mots
Ceux qui nous font et nous défont
Ceux qui nous sauvent
Quand tout se sauve?[2]*

LA GRANDE SOPHIE

MARIE

¿Os habéis preguntado alguna vez cuántas veces al día dais las gracias? Gracias por la sal, por la puerta, por la información.

Gracias por el cambio, por el pan, por el paquete de tabaco.

Unas *gracias* de cortesía, de conveniencia, automáticas, mecánicas. Casi huecas.

A veces tácitas.

A veces demasiado enfáticas: Gracias a ti. Gracias por todo. Infinitas gracias.

Gracias de verdad.

Unas *gracias* profesionales: Gracias por su respuesta, por su atención, por su colaboración.

¿Os habéis preguntado alguna vez cuántas veces en la vida habéis dado realmente las gracias? Unas gracias sinceras. La expresión de vuestra gratitud, de vuestro agradecimiento, de vuestra deuda.

¿A quién?

¿Al profesor que os abrió la puerta al mundo de los libros? ¿Al joven que intervino cuando os agredieron en la calle? ¿Al médico que os salvó la vida?

¿A la vida misma?

Hoy ha muerto una anciana a la que yo quería.

A menudo pensaba: «Le debo tanto.» O: «Sin ella, probablemente ya no estaría aquí.»

Pensaba: «Es tan importante para mí.»

Importar, deber. ¿Es así como se mide la gratitud?

En realidad, ¿fui suficientemente agradecida? ¿Le mostré mi agradecimiento como se merecía? ¿Estuve a su lado cuando me necesitó, le hice compañía, fui constante?

Me pongo a pensar en los últimos meses, en las últimas horas. En las conversaciones que tuvimos, en las sonrisas, en los silencios.

Me vienen a la memoria los momentos compartidos. Otros los he olvidado. E invento los que me perdí.

Intento determinar el día en que me di cuenta de que algo había cambiado irremediablemente y empezaba la cuenta atrás.

Sucedió de golpe. De un día para otro.

No digo que no hubiera indicios. En ocasiones Michka se detenía en mitad del salón, desorientada, como si ya no supiera por dónde tirar, como si hubiera olvidado de pronto aquel ritual tan repetido. Otras veces se detenía en mitad de una frase, tropezando literalmente con algo invisible. Buscaba una palabra y encontraba otra. O no encontraba nada, tan solo el vacío, una trampa que debía sortear. Pero seguía viviendo sola, en su propia casa. De manera autónoma. Y continuaba leyendo, viendo la tele, recibiendo visitas de vez en cuando.

Pero entonces llegó aquel día de otoño, sin previo aviso.

Antes, todo iba bien. Después, ya no iba nada.

Me la imagino en su piso de techos bajos, sola, sentada en el sillón. Tras ella, las cortinas están echadas, pero por la rendija se filtra la luz de media tarde. La pintura de las paredes amarillea. Los muebles, los cuadros, las figuritas en los estantes, todo a su alrededor parece provenir de un tiempo lejano.

Se llama Michka. Es una anciana con apariencia de niña. O una niña envejecida por descuido, víctima de un encantamiento. Se aferra a los brazos del sillón con sus dedos largos y huesudos, como si tuviera miedo de caerse.

De pronto, varios pitidos rompen el silencio. Michka parece sorprendida, mira a su alrededor, observa la pulsera que lleva puesta como si el sonido pudiera proceder de ese objeto tan raro y tan feo que al final ha accedido a llevar.

Entonces resuena en la estancia la voz de la operadora de teleasistencia.

—Buenas tardes, señora Seld, le habla Muriel, de la teleasistencia. ¿Ha apretado el botón de alarma?

—Sí...

—¿Se ha caído?

—No, no.

—¿No se encuentra bien?

—No del todo.

—¿Puede explicarme qué le pasa?

—Tengo miedo.

—¿Puede decirme dónde está, señora Seld?

—En el salón.

—¿Está herida?

—No, pero... Estoy perdiendo.

—¿Perdiendo qué?

Michka se aferra con más fuerza todavía, siente que el sillón se tambalea bajo su peso, a menos que sea el suelo el que se está hundiendo. No responde a la pregunta.

—¿Está sentada?

—Sí, estoy en el sillón. Pero no puedo moverme.

—¿No puede levantarse?

—No.

—¿Desde cuándo está en el sillón, señora Seld?

—No lo sé, desde esta mañana, creo. Me he sentado después de desayunar, como sueño hacer, para resolver el crucigrama. Pero no he encontrado nada. Y luego..., luego he querido... Y no he podido levantarme... Lo pierdo todo, es por eso.

—¿Qué es lo que ha perdido, señora Seld?

—Algo que no se ve. Pero yo lo siento. Se me escarpa... Se me escapa.

—¿Puede mover las piernas, señora Seld?

—No, no, no, no puedo. Se acabó. Tengo miedo.

—¿De verdad no puede levantarse?

—No.

—¿Ha comido a mediodía?

—En realidad no.

—Así que lleva en el sillón desde esta mañana y no se ha movido.

—Exacto. Eso es.

—Voy a llamar a una de las personas de contacto que están en su lista, ¿le parece bien?

—Sí.

Estoy convencida de que Michk' oyó el ruido que hacían los dedos de la operadora al deslizarse a toda velocidad por el teclado.

—Me sale el nombre de Marie Chapier. ¿La llamo?

—No sé...

—¿Es su hija?

—No.

—¿Quiere que la llame?

—Sí, por favor. Dígale que no la quiero... malestar, pero que estoy perdiendo algo, algo importante.

La voz de la operadora da paso a una música de supermercado. Michka no se mueve, mantiene la vista fija al frente, en esa posición de espera reconcentrada que conozco tan bien. Al cabo de unos segundos, vuelve la voz de la operadora.

—¿Sigue ahí, señora Seld?

—Sí.

—Marie llegará enseguida. Me ha dicho que estará ahí en veinte, veinticinco minutos. Y que ella se encarga de avisar al médico.

—De recuerdo.

Ha dicho «de recuerdo» con el tono exacto de quien dice «de acuerdo».

—¿De recuerdo?

—De recuerdo, sí.

—Está bien, señora Seld. Voy a continuar con mi trabajo, pero no me iré muy lejos: si no se encuentra bien, vuelva a apretar el botón de la pulsera y seré yo quien conteste, ¿de acuerdo?

—Sí, de recuerdo. Gracias.

Michka sigue sentada, con las manos en los brazos de la butaca, intentando acompasar la respiración.

Cierra los ojos.

Poco después, oye la voz de una niña.

¿Hoy dormiré en tu casa? ¿Dejarás la luz encendida? ¿Te quedas aquí? ¿Puedes dejar la puerta abierta? ¿Te quedas a mi lado?

Michka sonríe. La voz de la niña es un recuerdo dulce y doloroso a la vez.

¿Desayunaremos juntas? ¿Tú no tienes miedo? ¿Sabes dónde está mi escuela? No apagues la luz, ¿eh? ¿Me llevarás tú si mamá no puede?

Llamé al timbre y acto seguido metí la llave en la cerradura.

Entré en el salón y encontré a Michka agarrada a la butaca como si se la fuera a llevar la corriente.

Me acerqué y la abracé. Noté el perfume dulzón de la laca, cuyo poder de reminiscencia se ha mantenido intacto hasta hoy.

—Pero bueno, Michk', ¿se puede saber qué te pasa?

—No lo sé. Tengo miedo.

—Te voy a ayudar a ponerte en pie, ¿vale?

—No, no, no.

—Pero, Michk', si cuando vine hace tres días andabas bien con ayuda del bastón. Seguro que puedes levantarte.

La agarré por debajo de las axilas. Michka se apoyó en los brazos del sillón para darse impulso y se encontró de pie, sorprendida de sí misma, un tanto insegura pero perfectamente capaz de mantener la posición.

—¿Lo ves?

—¿Te he contado cuando me caí en el salón?

—Sí, Michka, ya me lo has contado.

—¡De mulo!

Le di el bastón y me coloqué del otro lado para que pudiera agarrarme del brazo.

—Venga, ¡en marcha!

—Con cuidado, eh...

—Debes de estar muerta de hambre...

Fuimos a la cocina. Michka se aferraba a mí y avanzaba a pequeños pasos. Noté cómo poco a poco iba recobrando la confianza.

—No es tan peor como pensaba...

Pero a partir de aquel día Michka ya no pudo seguir viviendo sola.

Michka está en una oficina impersonal, sentada frente a un escritorio cubierto de expedientes. Al otro lado, el ancho sillón de cuero negro está vacío.

Para darse ánimos, Michka tararea una canción.

Pobre soldado que vuelve de la guerra,

Poco a poco.

Pobre soldado que vuelve de la guerra,

Poco a poco.

Mal equipado, mal vestido.

Un pie calzado, el otro desnudo,

Poco a poco.

Busca a la dueña del local,

Poco a poco.

Busca a la dueña del local,

Poco a poco.

«¡Que traigan vino blanco

Que el soldado beba al pasar!»

Poco a poco.

Una mujer de aspecto austero entra en la estancia. Lleva un enorme dossier que suelta de malas maneras sobre la mesa. Observa a Michka seriamente. Lleva las uñas muy largas y pintadas de un color oscuro. Se sienta en el sillón y se dirige a Michka con frialdad.

—¿Puede hacer el favor de presentarse, señora Seld?

De pronto, Michka se siente intimidada.

—Pues... Me llamo Michèle Seld, pero me llaman Michka.

—Muy bien. ¿Está usted casada?

—No.

—¿Tiene hijos?

—No.

La directora deja que el silencio se instale, como esperando una aclaración.

—Yo... He viajado mucho por mi trabajo. Hacía reportajes fotográficos para revistas. Luego entré en un periódico como correctora. Revisaba los artículos. No se me escapaba ni una: erratas, incorrecciones sintácticas, problemas de concordancia, repeticiones...

La directora la interrumpe.

—¿Por qué motivo quiere dejar su puesto actual?

Michka no entiende la pregunta. No puede evitar que una sombra de pánico le cubra los ojos. Busca alguien a su alrededor que pueda ayudarla, pero no hay nadie más que esa mujer que tamborilea impaciente sobre la mesa porque tarda en responder. Las uñas de la directora producen

una especie de chirrido sordo sobre la formica.

—En realidad... estoy jubilada desde hace tiempo.

La mujer suelta una risa indescifrable. Luego suspira con ostentación.

—Se lo preguntaré de otra manera, señora Seld: ¿a qué se debe su interés por nuestro centro?

—Creo que me he equivocado de habitación..., quiero decir, de oficina... No sabía que había que pasar por esto, o sea, que hacer esto.

La directora no puede ocultar su irritación.

—Señora Seld, está usted haciendo una prueba de admisión para obtener una plaza en una residencia geriátrica. —A medida que habla, su tono se va haciendo cada vez más tajante—. Se trata de mostrar lo mejor de usted, pues recibimos multitud de solicitudes, ¿debo recordárselo?

—No, no..., claro, lo entiendo perfectamente. Pero no he preparado nada, no sabía que había que pasar una prueba de admisión.

La mujer se enfurece.

—Pero ¿qué se ha creído, señora Seld? ¿Que aquí aceptamos a cualquiera, de cualquier manera? ¿Está de broma? ¡No hay sitio para todo el mundo, lo sabe muy bien! ¡No hay sitio! ¡En todas partes pasa lo mismo! ¡Vaya a donde vaya tendrá que rellenar cuestionarios, hacer entrevistas, pruebas, concursos, exámenes, competiciones, interrogatorios! ¡Y deberá mostrar adhesión, implicación, motivación, determinación! En la escuela, en el trabajo, en la universidad, en todas partes es igual, señora Seld. ¡Sí, en todas partes, en todo el mundo, en cualquier lugar hay que escoger, elegir, seleccionar! No tenemos alternativa. ¡Hay que separar el grano de la paja, incluso en las residencias geriátricas! Así funcionan las cosas, no soy yo quien dicta las reglas, ¡pero soy yo quien las aplica!

Michka parece impresionada.

—¿Me está usted diciendo que hable con franqueza?

—Exacto: que me diga cuáles son sus puntos fuertes, cuál es su mayor debilidad, en qué aspectos puede progresar, cuál es su margen de mejora, su índice de perfectibilidad.

—Yo ya tengo una edad, ¿sabe?

—Ese es precisamente el problema, señora Seld.

—En realidad, yo... ya no puedo estar sola en casa. Tengo miedo... Pierdo cosas... Tengo miedo de que empeore.

La mujer suspira de nuevo. Ostensiblemente.

—No me lo está poniendo fácil. ¿Sabe bailar, por lo menos?

—Sí, un poco.

—Enséñemelo.

Michka se levanta. Se aparta del escritorio, al principio con paso vacilante. Luego se pone a bailar de un modo infantil. Da vueltas sobre sí misma, con los brazos en flor por encima de la cabeza. Se alza sobre las puntas de los pies en un gesto de lo más gracioso. Poco a poco se relaja, se deja llevar y baila cada vez mejor, su cuerpo se libera, sonrío.

Ahora parece una niña de verdad, sus movimientos son precisos y controlados. Está resplandeciente.

La mujer anota algo en el dossier. Luego, sin decir nada, se levanta y sale de la habitación.

Michka sigue bailando sola, para sí misma, en el interior de un haz de luz.

Luego se adentra en la sombra y desaparece.

Contaba sus sueños una y otra vez, con pequeñas variantes, ya fuese porque el recuerdo iba haciéndose cada vez más nítido, ya fuese porque añadía detalles que le parecían más jugosos, pero siempre con la intención de que nosotros —que íbamos y veníamos a nuestro antojo, que estábamos en plena posesión de nuestras facultades— pudiésemos comprender el terror que la embargaba.

Ha llegado el día de la entrevista. Michka ocupa el mismo lugar que en su sueño. Pero yo estoy aquí, apoyándola.

Esperamos a la directora sentadas frente al escritorio. Michka está tensa, como si se tratara de un examen oral.

—No te preocupes, Michk', todo va a salir bien. Es solo para que os conozcáis.

—¿Estás segura de que no me harán pasar una prueba de... admonición?, ¿que no tendré que hablar con flaqueza... para que me acepten?

—Claro que no, ya lo verás.

La miro y le sonrío. Su rostro parece relajarse un poco. Aprovecha para observarme con una perplejidad sobreactuada.

—¿Ya te peinas?

—Sí, Michk', ya me peino.

Una mujer entra en el despacho. Es afable y cordial, y va vestida con un traje de color claro.

La mujer deja un dossier sobre la mesa y se dirige a Michka.

—Por lo que tengo entendido, señora Seld, usted era totalmente autónoma hasta hace unas semanas.

Michka asiente con prudencia, desconfiada.

—Pero ahora ya no puede estar sola... Según su médico, en los últimos meses se ha caído en varias ocasiones, una de las cuales requirió incluso de una breve hospitalización. Padece vértigos, lo que explicaría en parte sus miedos y su dificultad para desplazarse cuando está en casa.

Michka confirma con un leve movimiento de barbilla las palabras de la directora, que sigue ojeando el dossier.

—¿Sale usted a la calle?

—Un poco, con Marie. Una vez por semana. Antes daba vueltas por el balcón de casa, pero ahora ya no puedo.

—¿Vueltas por el balcón?

—Sí, a lo largo y rancho, como los prisioneros... Diez largos, a veces incluso veinte, cuando estaba en forma. Cada largo son diez pasos, más dos de rancho suman doce, deajo que usted misma acabe... el cuento.

La mujer observa a Michka, intentando determinar el grado de ironía que hay en su frase. Pero no hay ninguna. Michka está orgullosa: ciento veinte pasos al día no es moco de pavo.

Entonces la directora me mira a mí como si me pasara el relevo. Es mi turno.

—Siempre que voy a verla intentamos salir a dar una vuelta, pero Michka cada vez es más miedosa por culpa de las caídas y de lo que pasa a su alrededor, todo va demasiado deprisa: los niños, la gente acelerada.

—¿Y no se han planteado la asistencia a domicilio?

—Sí, claro. Pero el problema es que Michka necesita alguien de noche y de día. No puede quedarse sola en ningún momento. Tiene miedo.

Michka puntualiza:

—Es que de noche llegan las... pesadillas.

—Se me ocurrió que podría venir a vivir conmigo, pero no quiere ni oír hablar del tema.

—¡Claro que no! Es un sexto sin aspersor, ¡y además no hay ningún motivo para que Marie tenga que ocuparse de mí!

La directora me dirige una mirada interrogativa. Pero yo estoy mirando a Michka y quiero que ella me mire a su vez. Espero a que sus ojos apagados se levanten hasta encontrarse con los míos.

—Sí, Michk', precisamente: hay bastantes motivos...

—No, ni al bar. Los viejos somos una carga muy pesada, ¿sabes? No va a funcionar. Sé muy bien lo que maldigo, créeme.

La directora nos observa a las dos, luego se dirige a mí.

—¿Así que de momento es usted quien se ha instalado en casa de la señora Seld?

—Sí, por las noches sí. De día he encontrado a alguien que me sustituye mientras estoy en el trabajo.

—La llamaré en cuanto haya una plaza libre. Estamos en contacto con el médico de cabecera que ha aprobado la solicitud. No debería demorarse mucho, es todo cuanto puedo decirle. Dependerá de... las salidas.

La directora se levanta. Michka me mira, esperando una señal. La ayudo a ponerse de pie y a agarrar el bastón.

Salimos de la estancia pasito a pasito.

Cierra al salir la puerta de su apartamento, la misma que ha cerrado cientos de veces, pero hoy sabe que será la última. Insiste en meter ella misma la llave en la cerradura y darle la vuelta. Sabe que no volverá. Que no hará nunca más esos gestos tantas veces repetidos: encender el televisor, alisar la colcha, fregar la sartén, bajar las persianas para que no entre el sol, colgar la bata en el gancho del cuarto de baño, sacudir los cojines del sofá para que recobren una forma perdida hace tiempo. Ha donado los muebles, la cama, el magnetoscopio, las cazuelas, la tostadora. Ha conservado algunos libros, los álbumes de fotos, una treintena de cartas, los papeles que la administración prohíbe tirar. Pero, en realidad, sabe perfectamente que está soltando amarras.

Michka acaba de instalarse en su nueva habitación. El mobiliario es sencillo: una cama, una mesita de noche, una silla, un escritorio, un armario empotrado. Formica, plástico, madera de tonos claros. Colores suaves, pastel. Todo muy corriente, pero de buena calidad. Michka permanece sentada en el único sillón que hay, mientras yo termino de colocar sus cosas. Observa enfurruñada las paredes limpias, desnudas, las cortinas floreadas. No puede ocultar su malhumor.

—No te preocupes, podrás decorarlo a tu gusto. Colgaremos láminas en las paredes y pondremos una planta de interior bien bonita sobre la mesa.

—¿Para qué?

—Para hacerlo más acogedor.

—¡No pretenderás que la gente crea que estoy en mi casa!

—Claro que no, Michk', pero eso no quiere decir que tengas que vivir en un sitio feo. Piensa que vas a pasar aquí algún tiempo...

—Bueno, eso ya lo veremos.

No sé si lo ha dicho en alusión a la residencia o si se refería a algo más definitivo. Tiene la cara de los días malos. De pronto, su expresión se ilumina.

—¿Has encontrado la botella en el bolso?

—¿Qué botella?

—Mi botella de whisky.

—Sí, sí, ahí está. Pero no parece muy sensato, Michk', con las caídas y todo eso... ¿Seguro que quieres quedártela?

—Mira, solo me tomo un chopito por las noches, un vaso minúsculo, no me moriré por eso. Déjala en el armatoste, ¿vale? Ni muy arriba ni muy abajo, detrás de la ropa, por favor, ahí estará bien.

—¿Seguro que está permitido?

—No del todo. Pero me importa un cochino. No estoy haciendo la mili.

Saco la botella que había dejado adrede en el bolso y la guardo en el armario siguiendo sus indicaciones.

—¡Tan arriba no! Ahí, justo debajo. Detrás de los géiseres... de los jerséis, eso es, perfecto.

Por un instante, parece satisfecha.

Me siento en la silla, a su lado, mientras hojea el manual de bienvenida. La conozco: está buscando algo contra lo que poder protestar.

—Almuerzo a las doce, merienda a las cuatro, cena a las seis y media... ¡Viva la vida loca!

Sonrío.

—Se los ve muy viejos, ¿verdad? ¿No te has fijado en las mujeres del salón, las de las sillas... de ruedas? Esas están ya en la cuarta edad, por lo menos.

—No lo sé, Michk', seguro que hay de todo. La gente viene aquí por distintos motivos y tú no eres de las más viejas.

—Ah, bueno. —Mi comentario parece reconfortarla—. De todos modos, me resulta raro.
—Ya me lo imagino, Michk’.

No, no es verdad. No me lo imagino para nada. Porque es inimaginable. Pongo mi brazo sobre el suyo. Intento decirle algo, algo que pueda tranquilizarla —«tus compañeras parecen simpáticas» o «seguro que enseguida harás amigas» o «hay un montón de actividades»—, pero todas las frases que se me ocurren son un insulto a la mujer que ha sido.

Así que no digo nada.

Me limito a hacerle compañía.

Michka se tumba en la cama y se adormece.

Al cabo de unos minutos entra una mujer a traerle la merienda. Un *zumito* de manzana con una *pajita* y un *pastelito* envuelto en un *plastiquito*. Igual que en el centro de mayores.

Eso es lo que te espera, Michk’: pasos cortos, cantidades pequeñas, meriendas frugales, salidas breves, visitas rápidas.

Una vida reducida, menguada, pero perfectamente ordenada.

Procuro llamarla más a menudo.

Pero por teléfono todo se complica. No me oye bien y pierde el hilo. Entonces la conversación se simplifica, se ritualiza, se vacía a mi pesar. De pronto su voz me parece muy lejana. Pongo todo mi empeño, pero no funciona, siempre acabo hablándole como si fuera una niña y se me rompe el corazón, pues sé muy bien qué tipo de mujer ha sido, sé que ha leído a Doris Lessing, a Sylvia Plath y a Virginia Woolf, que aún está suscrita a *Le Monde* y que sigue leyendo el diario de cabo a rabo todos los días, aunque solo sean los titulares.

Pero yo voy y le pregunto: ¿Has dormido bien? ¿Has comido bien? ¿Va todo bien? ¿Has podido leer un poco? ¿Has visto la tele? ¿Has hecho amigas? ¿Te has quedado en la habitación? ¿No has ido al cineclub?

Y en vez de decirme déjame en paz, ve a brindar a mi salud y ponte a bailar sobre una mesa, responde amablemente a todas mis preguntas. Hace un esfuerzo por encontrar las palabras.

Cuando cuelgo me invade la impotencia y enmudezco.

JÉRÔME

He llamado a la puerta varias veces, pero no me ha oído.

Está sola en su habitación, buscando algo.

Abre repetidas veces el armario y luego los cajones del escritorio. Levanta las revistas que hay en la mesita de noche. Parece desconcertada. Repite los mismos gestos: armario, cajones, mesita de noche. Mira a su alrededor, buscando dónde buscar.

De pronto, deja el bastón sobre la cama y se apoya en el colchón para ponerse de rodillas. Quiere mirar debajo del somier. Como la posición le resulta incómoda, se tumba de bruces y mete la cabeza bajo la cama.

Así es como la encuentro la primera vez.

—Buenos días, señora Seld, soy Jérôme, el logopeda.

Casi se golpea la cabeza con el somier. Me acerco y la ayudo a levantarse.

—Déjeme ayudarla.

No es tarea simple, debido a la intrépida posición en que se encuentra, con medio cuerpo debajo de la cama y el otro medio fuera.

—Quédese tumbada, señora Seld, así, eso es, los brazos también. Voy a arrastrarla un poco hacia mí, si no le importa, para que pueda levantarse. No se mueva... Cuidado, que tiro... Eso es... Cuidado... No levante todavía la cabeza... Un poquito más, eso es, ya está.

Sin llegar a incorporarse, hace un esfuerzo y se pone de costado para poder verme.

—Ah, buenos días.

Me da la mano como si fuese la cosa más natural del mundo: ella tumbada en el linóleo, incapaz de levantarse por sus propios medios, y yo en cuclillas a su lado. Me examina durante una fracción de segundo, con ojos inquisitivos.

La ayudo primero a sentarse y luego a ponerse de pie. La operación toma su tiempo, pues ambos nos movemos con prudencia.

Con un gesto me reclama el bastón y se lo doy.

Entonces me sonrío como pidiendo disculpas.

—Puedes tutearme y llamarme Michka...

—Perfecto.

—«Señora Seld» por aquí, «señora Seld» por allá, es muy triste vivir rodeada de gente que no te llama nunca por tu nombre, ¿sabes?

Me sorprende su vivacidad.

—Claro, lo entiendo perfectamente. Te llamaré Michka, prometido. ¿Estabas buscando algo cuando he entrado?

—Sí, es que resulta que... Pierdo mucho... A toda prisa. Tengo la sensación de estar perdiendo algo todo el rato, pero no sé qué es... y me da miedo. Me gustaría decir más, pero... estoy incapaz, ¿sabes lo que te quiero decir?

—He leído en tu expediente que sufres un principio de afasia. Supongo que el doctor te habrá explicado los detalles. Significa básicamente que te cuesta encontrar las palabras. A veces no lo consigues y a veces dices otras en su lugar. Depende también del momento, del estado de ánimo, del cansancio...

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

—¿No estarías buscando las palabras debajo de la cama, Michka?

—Sí, es posible.

—Yo soy logopeda, ¿sabes lo que es?

—Sí, hasta ahí llego. Fui correctora en una importante... revisita. Durante muchos años.

—Estupendo. Vamos a trabajar muy bien tú y yo, ya verás. Haremos ejercicios, adivinanzas y cosas por el estilo.

La señora Seld me observa descaradamente, de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies, como si tuviera que decidir ahora mismo si en su agenda hay —o no hay— sitio para mí. Por fin concluye, con el tono exacto que usaría para decir «de acuerdo»:

—De recuerdo.

No puedo evitar que se me escape la risa. Ella también se ríe y, durante unos segundos, nos reímos por el puro placer de reír.

Hasta que la risa se apaga.

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—¿Dónde jugaremos?

—Aquí, en su... en tu habitación, Michka. Vendré una o dos veces por semana, martes y jueves.

—Ah, muy bien, en mi habitación, perfecto.

Se queda pensativa unos instantes.

—¿Ya te he dicho que tengo pesadillas?

—No, no me lo has dicho.

—¿Podré contártelas cuando vengas?

—Por supuesto. ¿Hasta mañana, entonces? Mañana es martes.

—Sí, perfecto.

Cuando los veo por primera vez, siempre busco la misma imagen: la imagen de *antes*. Tras sus miradas borrosas, sus gestos inseguros, sus cuerpos encorvados o doblados por la mitad, busco al muchacho o a la muchacha que fueron como quien pretende descubrir el esbozo original de un dibujo repasado torpemente con rotulador. Los observo y me digo: ella también, él también amó, gritó, gozó, nadó, corrió hasta perder el aliento, subió las escaleras de cuatro en cuatro, bailó toda la noche. Ella también, él también cogió trenes, metros, paseó por el campo, por la montaña, bebió vino, se levantó tarde, discutió sobre el sexo de los ángeles. Me conmueve pensar en ello. Voy en busca de la imagen e intento resucitarla, no puedo evitarlo.

Me gusta ver fotos tuyas de cuando miraban al objetivo sin tener la menor idea del deterioro que iban a sufrir —o era una idea puramente teórica—, de cuando se mantenían en pie sin necesidad de ninguna ayuda. Me gusta descubrirlos *en la flor de la vida*, pero ¿qué edad es esa? ¿Los veinte? ¿Los treinta? ¿Los cuarenta?

A veces me resulta imposible ver la relación entre la muchacha o el muchacho de la foto y la persona que tengo sentada enfrente. Ni haciendo gala de la mayor perspicacia, del mayor discernimiento, consigo establecer un nexo de unión entre ambos cuerpos: el cuerpo liviano, arrogante de la juventud, y el cuerpo mermado, deforme del geriátrico.

Acabo tirando de tópicos y digo: «¡Está usted igual, señora Ermont!» O bien: «¡Hay que ver qué guapo era, señor Terdian!»

Al principio, una voz bramaba en mi cabeza: «Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Cómo es posible? ¿Esto es realmente lo que nos espera a *todos*, sin excepción?» ¿No hay un desvío, una bifurcación, un itinerario paralelo que nos permita evitar el desastre?

Empecé trabajando con personas de todas las edades: niños, adultos, ancianos. Luego, poco a poco, fui pasando la mayor parte de mi jornada laboral en residencias geriátricas. No tengo claro que fuera una decisión, ni una elección. Sucedió así, simplemente. Por conveniencia. Acabé rindiéndome en cierto modo a la evidencia y ahora distribuyo mi tiempo entre varios centros, he conseguido hacerme un sitio en el sector.

Estoy a gusto. Estoy donde debo estar.

Me gusta mirarlos, ver cómo luchan con uñas y dientes.

Me gustan esas voces que tantean, que tiemblan, que titubean.

Los grabo, es cierto. Pero no a todos. Solo a algunos. Desde que empecé. Tengo una grabadora digital minúscula, con docenas de archivos agrupados por expedientes.

Los grabo con fines profesionales, para mejorar mi método, mi práctica. Pero no únicamente.

Adoro el temblor de sus voces. Su fragilidad. Su ternura. Adoro sus palabras distorsionadas, aproximadas, extraviadas. Adoro sus silencios.

Y lo guardo todo, incluso cuando ya están muertos.

A la señora Seld la grabé a partir de la quinta o la sexta sesión. Lo tengo todo archivado.

Entro en su habitación. Michka parece cansada y enseguida me doy cuenta de que no está con ánimos de colaborar. Pero se endereza y se peina discretamente. Hace un esfuerzo por sonreír. La coquetería de las señoras mayores me emociona.

Saco el material y lo pongo encima del escritorio: el bolígrafo, el cuaderno, el libro de imágenes.

—¿Cómo estás, Michka?

—Bien...

—Lo has dicho con la boca chica, ¿me equivoco?

—Es que me cuesta adoptarme... acatarme.

—¿Adaptarte?

—Eso es.

—Es normal. Necesitas unas semanas para encontrar tu sitio, tampoco llevas tanto tiempo aquí. He traído algunas cosas para que podamos trabajar juntos, ¿te parece bien?

Michka me mira con desconfianza.

—¿De qué se trata?

—Son unos ejercicios pensados específicamente para la gente mayor.

—¿Por qué dices «la gente mayor»? Deberías decir «los viejos». No está mal «los viejos». Hay que hablar preclaro. ¿No dices «los jóvenes»? ¿No dices «la gente joven»?

—Tienes razón, Michka. Me gusta que des importancia a las palabras. ¿Quieres que hagamos un pequeño ejercicio?

—Preferiría un cigarrillo, ¿no tendrás tabaco?

—No me digas que fumas.

—No, no, qué va. Lo dejé hace... mucho tiempo. Pero, la verdad, teniendo en cuenta las circuncisiones, un cigarrillo tampoco sería un flujo.

—Está prohibido fumar en todo el centro, Michka, y tampoco sería muy razonable. De todas formas, yo no fumo.

Michka parece decepcionada.

Permanece callada y me observa. No le molesta el silencio. Estudia cada detalle de mi aspecto: mi reloj, mis zapatos, mi corte de pelo.

—Venga, Michka. Voy a hacerte una pregunta y luego te enseñaré cuatro imágenes. En una de ellas está la respuesta correcta. Tienes que decirme cuál es y nombrar el objeto con la palabra adecuada.

Michka me escucha con atención. Acompaño con gestos mis palabras.

—Una primera pregunta a modo de ejemplo: ¿qué objeto sirve para extender el cemento?

Le enseño cuatro imágenes —una paleta, una horca, unas tijeras de podar, un rastrillo— y las observa con aire exageradamente perplejo.

—No es para trincharse, que digamos.

—Podría haber puesto un ejemplo más divertido, lo reconozco.

—Prefiero hablar.

—Está bien, hablemos un poco, ya haremos luego los ejercicios.

—Hay una mujer que viene a mi habitación.

—¿Una mujer que viene aquí?

—Sí. Ha venido varias veces, por la noche. Entra tranquilamente, sin provenir, y dice que está buscando a su niño. Me da miedo.

—¿Es una residente?

—Sí. Pero... ayer pasó algo, ¿sabes? Ayer vino después de cenar, a la hora de siempre, y me preguntó dónde estaba el niño y yo... yo le dije... muy... muy firmeramente, para que me entendiera: «Mire, señora, yo no sé dónde está su niño, pero déjeme decirle que comete usted un horror buscándolo aquí.» Tenía la tele encendida, y no porque suela verla, sino porque salía un... un comentarista que me gusta mucho, ese que tiene los dientes tan francos, algo plegado de sí mismo, ¿sabes quién te digo? Ese que cuenta el telediario. Pues bien, cuando la mujer oyó su voz, ¡se puso hecha una feria! Empezó a hacerme reproches y a gritar: «¡Pero si está ahí mi niño!», como si yo se lo hubiese robado y lo guardase en el televisor. Por supuesto, enseguida apagué la tele con el mando a... a distracción, clic, para que se fuera. Y funcionó. Pero ahora ya no puedo volver a encenderla. Tengo miedo de que vuelva, ¿entiendes?

—Habrá que comentárselo a las cuidadoras. Decirles que vayan a ver a esa mujer, que debe de estar perdiendo un poco la cabeza, y le adviertan que no vuelva a entrar en tu habitación si no ha sido invitada.

Michka se queda callada unos instantes. Luego me mira fijamente a los ojos y dice:

—No se arreglará, ¿verdad?

—¿El qué?

—Todo esto. Lo que se va, lo que se esfuga a toda velocidad. ¿No se arreglará?

—Trabajaremos juntos para que se arregle, Michka, siempre que estés dispuesta.

—Ya, pero... ¿la verdad sea dicha?

Dudo un segundo antes de responder.

—Podemos ralentizarlo, pero no podemos detenerlo.

Alguien ha desplazado los muebles de la habitación de tal modo que la pared del fondo está completamente despejada.

Michka se encuentra en el centro de la estancia, inmovilizada en una extraña posición, como si se hubiera detenido a media carrera.

La voz de una niña rompe el silencio:

—Un...

Michka se pone inmediatamente en marcha y se dirige hacia la pared vacía.

—Dos..., tres..., ¡ESCONDITE INGLÉS!

Michka se detiene de golpe, en una postura que consigue a duras penas mantener. La voz de la niña vuelve a empezar.

—Un...

Michka avanza algunos pasos más.

—... dos..., tres..., ¡ESCONDITE INGLÉS!

Michka se detiene de golpe. Esta vez la posición es aún más complicada, se desequilibra y no consigue quedarse quieta.

La voz exultante de la niña exclama:

—¡Te has movido! ¡Te has movido! ¡Vuelves a empezar!

Michka regresa al punto de partida, arrastrando ligeramente los pies. Se apoya en la pared opuesta.

Pero la voz de la niña no da tregua.

—¡Ojo que voy! Un..., dos..., tres..., ¡ESCONDITE INGLÉS!

Esta vez, Michka no avanza.

—¿Dónde está mi bastón? A estas alturas ya no sé si voy a necesitarlo. Sabes por qué te lo digo, ¿no? Me siento bien, fíjate, las palabras fluyen como antes, ni siquiera tengo que buscarlas, ni escogerlas, ni usarlas con cuidado, salen por sí solas, tranquilamente, sin esfuerzo, no hace falta engatusarlas, ni atraparlas, ni acariciarlas, ¿no las oyes?, van y vienen con toda libertad, es tan bonito. Ya sé que estoy soñando. Pero esta vez no es una pesadilla, fíjate bien, mira los colores, la forma de las cosas, enseguida se ve que no es una pesadilla. Tendré que contártelo, que no se me olvide decirte que he tenido un sueño en el que estaban todas las palabras, absolutamente todas, no necesitaba ni tus cartas, ni tus imágenes, ni tus listas, todo era tan sencillo y tan agradable como antes y yo estaba tan contenta, porque me carga tener que estar buscando, buscando y buscando todo el rato, es tan pesado, tan cansado, tan agotador, no necesito nada más, ¿sabes?, no me hace falta nada, la señora Danville me ha traído bombones, era la conserje del inmueble cuando Marie era pequeña, hace muchos años, ¿no te he hablado de ella? La señora Danville es tan amable y los bombones están tan ricos que no necesito nada más, ¿sabes?, si las palabras vuelven todo irá bien, muy bien, y me dará igual lo demás, incluso la mujer esa que sale casi todos los días con su coche, no sé quién se cree que es, provocándonos con su coche casi todos los días, una residente, ¿sabes?, va a darse una vueltecita por la ciudad, tan campante, casi todos los días, con un fular en la cabeza, ¿qué se piensa, que es Grace Kelly?, casi todos los días, pero ¿por qué no se queda en

su casa, entonces?, ¿por qué viene aquí si es tan autónoma? Sí, me saca de quicio, lo reconozco. Claro que ahora ya me da igual, las palabras han vuelto y se acabaron los ejercicios, pero puedes seguir viniendo, eh, así nos vemos y charlamos tranquilamente, de vez en cuando, sería una lástima que dejaras de venir con lo guapo que eres, no me gustan los hombres con pendiente, pero en tu caso es distinto, sobre todo cuando te pones esa piedrecita negra, minúscula, en realidad te queda bastante bien.

La voz de la niña vuelve a empezar.

—Un..., dos..., tres..., ¡ESCONDITE INGLÉS!

Michka cruza la habitación a toda velocidad y, dando un salto, toca la pared.

Sonríe.

—¡Esta vez sí que no hay duda de que es un sueño! Te lo contaré mañana, ya verás como te gusta.

Llamo a la puerta y entro en la habitación.

Me encuentro a Michka tumbada en la cama, cosa bastante infrecuente. No le gusta nada que la sorprendan cuando se queda dormida. Se incorpora de inmediato y busca con la mirada el libro que estaba leyendo.

—Hola, Michka, ¿cómo estás?

—Bien...

—¿Cansada?

—Un poco.

—¿Ha venido Marie a verte?

—Sí, vino ayer. ¿La conoces?

—Me hablas a menudo de ella, pero nunca nos hemos cruzado. Suele venir los fines de semana y como yo solo estoy los días laborables...

—Claro, es verdad. Qué tonta.

—Quédate tumbada un poco más si quieres, mientras coloco el material en el escritorio.

—Ay..., ¿seguro?

—Seguro, sí. ¿O es que no quieres levantarte?

—Sí, sí..., pero es que... los ejercicios me acogotan.

La ayudo a bajar de la cama y le ofrezco el brazo para acompañarla hasta la silla. Michka camina con lentitud, sospecho que ralentiza el paso para retrasar el momento de ponerse a trabajar.

—¿Has podido ver la tele, Michka?

—Pues ni tanto.

—¿Y eso?

—Es que ya no sirve de nada. Hablan demasiado rápido. Incluso las imágenes pasan demasiado rápido. Me gustaba mucho el programa del chico ese... ese que vuela por ahí, con una mochila en la espalda, ¿sabes cuál te digo? El mozalbete que se queda a dormir en casa de otras personas, en los cuatro confines. Es muy divertido, se va encontrando a agentes, así por casualidad, y duerme en sus casas, con el sapo de dormir, sabes de quién te hablo, ¿no? Me gustaba, pero ahora ya no me lo encuentro. ¿Y tú? ¿Ves la tele?

—No mucho, la verdad. Hay programas que me gustan, pero no encuentro tiempo para verlos. Tengo muchos pacientes este año y además he retomado los estudios.

Michka parece de pronto muy interesada.

—¿Ah, sí? ¿Qué estudias?

—Es un máster, para seguir formándome.

—¿En qué terreno?

—«Rehabilitación en neuropsicología».

—Uy... Parece difícil.

—Sí, pero apasionante.

—No va a funcionar.

—Sí, mujer, no te preocupes, que yo me las apañó.

—No, no me refiero a ti. Me refiero a la... reparación.

—Ya verás como sí, Michka. Podemos mejorar mucho las cosas. Precisamente había preparado un pequeño ejercicio sobre viajes por el mundo. Ni hecho a propósito. ¿Te apetece?

Michka pone cara de perro apaleado y, en vez de sentarse en la silla, se deja caer en la butaca.

—¿Me acercas el bastón? Nunca se sabe, así podré... pitármelas... en caso de necesidad.

—¿Pirártelas? ¿Y por qué querrías pirártelas?

—Por si se activan las almas. El otro día pasó. ¿Tú no estabas? Fue después de comer, aún estábamos ahí abajo casi todos, ya me entiendes, menos los de la cuarta planta, los demás resistentes acabábamos de terminarnos los planes de vainilla cuando, de pronto, se pusieron a sonar las almas... ¡Muy fuerte!

—¿Las alarmas?

—¡Sí, eso es! ¡Menudo gusto me di! Por eso prefiero tener el bastón al alcance, por si acaso... ¿Y tú?

Intento seguir los meandros de su pensamiento, pero ella misma me saca de dudas:

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cinco.

—Ah, está bien.

Se queda callada unos instantes, como asimilando la información, y pienso que quizá esté haciendo la lista de todo lo que puede hacerse con treinta y cinco años y que para ella ya es imposible.

—Y te gustan los viejos.

—Sí..., o sea, a ver..., me gusta trabajar con los viejos, sí. Me parece muy... interesante.

—Vaya. Qué furioso... La verdad, con lo poco que tenemos que decir...

—Bueno, ese es mi trabajo precisamente: ayudaros a decir... todo lo que queréis decir. Y a menudo es muy interesante.

—Ah, entonces está bien... ¿Y son viejos tus padres?

—Mi madre murió hace algunos años. Antes de llegar a vieja, en realidad.

—Ah, eso está bien.

—Bueno, depende... Sin duda tiene sus ventajas, pero también muchos inconvenientes. Habría preferido tener un poco más de tiempo.

—¿No se lo dijiste todo?

No deja de sorprenderme la perspicacia de los viejos. La capacidad que tienen a veces de meter el dedo donde más duele.

—Pues no, Michka, no se lo dije todo. Espero habérselo mostrado, pero no se lo dije todo.

—Ay, qué lágrima... qué lástima.

—La verdad es que sí. Bueno, qué, ¿nos ponemos con el ejercicio?

—De recuerdo.

—¿Te acuerdas del que hicimos la última vez?

—Sí.

—Pues es el mismo principio, pero esta vez diré varias palabras y tú tienes que encontrar el

término genérico que las vincula. Por ejemplo: budismo, protestantismo, catolicismo... La palabra que las une es...

—¿Y tu padre?

Me gustaría tener un comodín para pasar turno o fingir que no he entendido la pregunta, pero Michka no es de las que se dejan engañar fácilmente.

—Hace tiempo que no lo veo.

—Anda, ¿y eso por qué?

—Es una historia muy larga.

—Pero yo tengo mi tiempo.

—Ya, pero tenemos trabajo, Michka.

—¿Tu padre está vivo?

—Sí.

—¿Es viejo?

—Sin duda.

—¿Y no lo has visto desde que es viejo?

—No.

—Ahí está.

—¿Ahí está el qué?

—El motivo de que te gusten los viejos.

—Pues no lo había pensado, pero ahora que lo dices...

—Eso es, tendrías que decírselo.

—¿Decirle el qué?

—Todo. Todo lo que luego te amortaja... lo que te atormenta cuando la gente desaparece, fiuuu..., cuando menos te lo esperas. Pasa a menudo, ¿sabes? No hay que guardarse las cosas dentro. Provocan peladillas... pesadillas, ya me entiendes.

—Sí, sí, claro. En fin, ya veré qué hago... Bueno, venga, vamos allá. Cuatro palabras más: amargo, ácido, dulce, salado...

—¿El sabor?

—Muy bien. Otras cuatro...

—No me digas que no es una lástima...

—¿El qué?

—La fruta escarchada de la señora Danville, que se me ha acabado.

—Pensaba que te gustaban más los bombones.

—En segundo lugar. Lo que más me gusta es la fruta escarchada. ¿Tu padre se portó mal contigo?

No puedo evitar que se me escape un suspiro.

—Sí, Michka.

—Ay, qué difuso... qué difícil.

No sé si se refiere al ejercicio que quiero que haga o a mi situación. Michka me mira como esperando que le cuente ahora mismo toda la historia.

—Tendrías que ir a ver.

—¿Ver qué?

—Cómo está tu padre.

—La última vez estaba bien.

—¿Hace mucho de eso?

—Hace mucho, sí.

—Mucho es demasiado. Tendrías que asegurarte. Saber si la cosa tiene regalo... si tiene arreglo.

—No, Michka, no tiene arreglo.

—¿Tan grave es?

—Es doloroso.

—Ya, pero... a lo mejor deberías...

Michka me observa. No sé qué se imagina.

—Bueno, venga, ¡a trabajar! Presta atención a las palabras: anticuario, lutier, librero, ebanista... ¿Cuál es el término genérico que las vincula?

—¿La desaparición?

MARIE

Desde hace varias semanas permanece sentada en su cuarto sin hacer nada, sin ver ni mirar la televisión, dando cabezaditas.

Llamo a la puerta y espero una señal para poder entrar.

—¿Eres tú?

—Sí, Michk', soy yo. ¿Cómo estás?

—Bien, bien... No sabía que venías... Tenía apuntado que era mañana, pero no sé por qué tampoco estaba muy... seria.

—¿Muy segura? Normal, te había dicho que vendría el viernes o el sábado. ¿Estás muy cansada?

—No, qué va. Ese no es el dilema.

—¿Y cuál es, entonces?

—Las palabras, que se me escupen... —Michka duda un buen rato—. Que se me escarpan... —Suspira—. ¿Lo ves?

—Lo veo, Michka. Pero aún te quedan un montón en la recámara y, además, así inventas palabras nuevas. ¿Ha venido a verte el logopeda?

—Sí, sí. Pero... no es eso... Los ejercicios son difusos... son dif... son difíciles. ¿Quieres verlo?

Me alcanza un papel lleno de palabras y dibujos.

—¿Tienes que adivinar los contrarios?

—No, los sinórrimos.

—¿Los sinónimos?

—Eso es. Pero a mí me importan un bledo los sinó... las cosas esas... Son las palabras que quiero usar las que se descabullen. Además, no sirve de nada, sé muy bien cómo va a acabar todo esto. Al final no quedará nada, se me acabarán las palabras, ya verás. O diré cualquier cosa para llenar el vacío. ¿Te imaginas? Un monóxido... un monóglota de vieja bruja solidaria...

—Aún no hemos llegado a eso, Michk'.

—Pero no queda tanto, créeme. El fin se acerca, Marie, aceptémoslo. Me refiero al fin de la mente, a que se me vaya la cabeza, fiuuu, a que las palabras echen a volar. El fin del cuerpo no sé cuándo llegará, claro, pero el fin de la mente ya ha empezado, las palabras se las pitan, chimpón.

—Que no, mujer. ¿Estás yendo al taller de memoria?

—No me gusta. Prefiero que venga el chaval. Es muy guapo, ¿sabes? Tendrías que verlo.

—Pero una cosa no quita la otra, Michk': el logopeda viene a tu habitación dos veces por semana, pero tú puedes bajar los miércoles al taller de memoria con los demás residentes. Al menos dime que has ido alguna vez.

—Sí, pero no me gusta. Hay una que responde a todo en el acta, pim pam..., sin dudar ni un segundo. Responde a bote pronto y siempre acierta. Se sabe todas las palabras posibles e imaginables, y encima presume de ello, no lo asoporto. ¿Para qué va, si ya lo sabe todo? Al menos podría vestirse, ¿no? Pues ni eso, se pasa la vida con la beata puesta, como si fuese de lo más

elefante, ya ves...

—Supongo que así se siente más cómoda.

—Ya, sí, pero un poco de clemencia nunca viene mal. ¿Por qué te ríes? Bueno, si al menos te hago reír... Pero seguro que tienes cosas mejores que hacer, francamente. No deberías venir tan a menudo. Acabarás aburriéndote.

—Mira, Michka, eso ya lo hemos hablado. Vengo porque me apetece.

—Pierdes el tiempo. Y encima para verme en este estadio... en este estado... en este estrado. No sirve de nada, ¿sabes?

—Mira... Tú viniste a verme cuando estaba en el hospital, ¿no es cierto? Te acuerdas, ¿verdad?

—Sí, claro que me acuerdo. Cuando estuviste enferma. Estuviste tan... Llegué a pensar que... Durante unos segundos, Michka se sumerge en sus pensamientos.

—Sabes que estuviste a punto de morir, ¿no?

—Sí, lo sé, Michk'. Y cuando me pasé días y días encerrada en aquella minúscula habitación, viniste a verme unas cuantas veces, ¿no?

Michka asiente.

—Entonces yo también puedo venir a verte cuando me dé la gana.

Michka sonríe.

—¿Y tú no me cuentas nada? ¿Cómo te va?

—Bien, todo bien.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien, va bien. He empezado a llevar los casos yo sola, es muy interesante.

—¿No te queda un poco lejos?

—No, qué va, con el tren es un momento.

—¿Y ya te cuidas?

—Sí, no te preocupes.

Michka me observa unos instantes.

—¿Te has peinado?

—Sí, Michk', me he peinado.

—Estás un poco... paliduzca. ¿Comes bien?

—Sí, sí, descuida.

—¿Te he contado que hay una nueva resistente en nuestra mesa del comedor?

—¿Una nueva residente?

—Sí. No para de hablar, pero yo me hago la gorda de este oído y así no tengo que contestar. Todo el rato, eh, ni te lo imaginas, un chorro continuo, ella habla y habla y le da igual todo, como si solo existiese ella en el mundo. Cuando ya no podemos más, Armande y yo, sabes quién te digo, ¿no?, Armande, esa que es tan maja, hacemos así...

Durante unos segundos Michka hace el gesto de alguien que come absorto, sin darse cuenta de que le están hablando.

—¿Y el truco funciona?

—Bah, no hago más que contarte batallitas. Deberías advertírmelo, Marie: cuidado, Michka, estás contando batallitas. No quiero que pienses que me paso el día cojeando... quejicando, pero

explayar un poco me sienta bien. Tampoco estoy tan mal, eh, la gente es muy amable, pero en casa estaba mejor.

—Ya lo sé, Michka, pero no podías seguir allí tú sola, te acuerdas, ¿no?

—Sí, claro que me acuerdo.

Se queda callada unos segundos, pensativa. Luego se inclina hacia mí y me habla en voz baja, como quien comparte un secreto.

—Oye, Marie, quiero pedirte algo que yo no puedo hacer. Me gustaría poner un... cartel... en el periódico.

—¿Un cartel?

—Sí, ya sabes, como hicimos la otra vez, en el periódico, para buscar gente.

—¿Un anuncio?

—Sí.

—¿Te refieres al anuncio que pusimos en *Le Monde*?

—Sí.

—¿Quieres que intentemos encontrar de nuevo a la gente que te acogió cuando eras pequeña?

—Sí.

Me quedo mirándola unos instantes, intentando calibrar lo que eso significa para ella. Lo que significa ahora. Me fijo en el leve temblor de su barbilla, un signo de desconcierto o de emoción que se le ha manifestado recientemente, desde que está aquí, y del que no parece tener conciencia.

—Claro, Michka, faltaría más. Yo me encargo. Pero no te hagas demasiadas ilusiones, eh, recuerda que ya lo hemos intentado. El problema es que no sabemos su apellido.

—Sí, ya lo sé.

—Mandaré el mismo anuncio que pusimos la otra vez, pero añadiendo mis datos de contacto por si acaso, ¿de acuerdo?

—Sí, de recuerdo. Gracias. Muchas gracias. Ya me dirás cuánto te debo.

—No te preocupes por eso. Vamos a intentarlo, ¿vale? Pero hay pocas probabilidades de éxito, lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

—¿Quieres que salgamos un rato al jardín?

—Sí, por favor. Me pondré el... morro... el forro polar que me regalaste. Grace Kelly no me quita el ajo de encima, anda que no le gustaría a ella tener uno como este.

La malvada directora entra en el cuarto de Michka como una exhalación. No ha llamado a la puerta y considera innecesario dar los buenos días. Esgrime enfurecida un ejemplar del periódico *Le Monde*.

—¿Ha sido usted quien ha puesto este anuncio?

Michka asiente con la cabeza. La directora estalla.

—Pero ¿esto es una broma o qué? ¿Quién se cree que es, señora Seld? ¡Está usted completamente loca! ¡Está usted absolutamente chiflada! ¡Es usted una perfecta inconsciente! ¿Un anuncio? ¿Y por qué no llenar la ciudad de carteles, ya que estamos? ¿O hacer una campaña publicitaria? ¡Un globo aerostático! ¡Una avioneta con una pancarta sobrevolando la playa! Es increíble... ¡Un anuncio! Estamos en el siglo XXI, señora Seld, hace tiempo que acabó la guerra. Nuestra empresa está en pleno crecimiento, en plena expansión, en pleno *boom*, ¿y se permite usted publicar ese anuncio que puede menoscabar nuestra reputación? ¿Sabe usted qué es la reputación? ¿Tiene usted la más mínima idea de lo que significa? ¡Hoy día es el quid de la cuestión! ¡Puede arruinarte en menos de veinticuatro horas!

Michka no dice nada. Se queda sentada en la cama como una niña, con las manos sobre las piernas.

La directora abre el periódico por la página de anuncios clasificados y lee en voz alta sin disimular su ironía:

—«Michèle Seld, más conocida como Michka, busca a Nicole y a Henri, quienes la acogieron en su casa de La Ferté-sous-Jouarre entre 1942 y 1945.» ¡Nicole y Henri! ¿Ni siquiera sabe su apellido?

—No.

—¿Esa gente le salvó la vida y no recuerda su apellido? ¡Y encima se niega a ir al taller de memoria! Qué vergüenza... ¿Y está segura de los nombres, al menos? Y del pueblo, ¿está segura?

Michka, paralizada, guarda silencio.

—Eso sí, ¡el apetito no se lo quita nadie! Los bombones de la señora Danville, ¡bienvenidos sean! Los zumitos de manzana, ¡bienvenidos sean! La ensalada de apio con mayonesa y mostaza, ¡bienvenida sea! Pero cuando toca hacer los ejercicios del señor Milloux no se ve ni un alma... ¡Desbandada general, sálvese quien pueda! Ocupa usted una habitación individual, come con apetito, participa en las sesiones del cineclub, disfruta del jardín, no hace falta que le diga lo cara, lo tremendamente cara que le sale usted a nuestro centro, ¿verdad, señora Seld? ¿Y qué aporta usted? ¿Eh? No quiero ni hablar de los graves problemas de rentabilidad que generan comportamientos como el suyo, esto no puede seguir así, siento decírselo tan crudamente, pero lo cierto es que usted no aporta nada. Y elijo bien mis palabras: NADA. Pero ¿no se da cuenta de que están muertos? ¡Muertos! ¡Muertos! ¡Muertos! ¡Lo único cierto es que están muertos y que nunca les dio las gracias!

Michka se despierta empapada de sudor, sentada en la cama.

El corazón le late ruidosamente y le cuesta respirar con normalidad. Se tapa la cara con las

manos y ahoga un sollozo.

Varios días después me la encuentro de pie en medio de la habitación, apoyándose en el bastón con mano insegura.

—¡Todavía sé hacerme la cama, maldita sea! Tardo un rato, un buen rato, no lo riego, pero sé hacérmela. Y aun así ella la repasa a mis espaldas todos los días, la vuelve a hacer, todas las mañanas tira de la... concha, como si estuviese mal hecha, ¿te lo puedes creer?

—Pero ¿de quién hablas?

—¡De la mujer de la simpleza!

—Tienes que decirle que no quieres que toque lo que tú haces, Michka.

—¡Ya se lo he dicho! Pero pone los ojos en blando, como si yo fuese una vieja gruñona.

—Seguro que lo hace con buena intención. ¿Quieres que hable con ella?

—No, no, tú tienes cosas mejores que decir. Y con la ducha pasa tres cuartos de lo mismo, ¿sabes? La nueva patrullanta no deja que me duche sola.

—Ya lo sé, Michka, pero es porque el otro día te caíste. Es normal, lo hacen por tu bien, para que no te hagas daño.

—Sí, ya, pero mi bien no es ese, Marie. Mi bien es que me dejen...

Busca una palabra durante unos segundos, pero no la encuentra.

—¿Tranquila?

—Sí. Exacto. Que me dejen tranquila. Siempre hay alguien merodeando por aquí, ¿sabes? Con la excusa de traer el desatino, las pastillas, la merienda, de llevarse la ropa a lavar, hacer la cama, la simpleza, preguntar cómo va todo, enfermar de esto o de aquello, continuamente, sin parar, toc toc y ¡hala!, ya están dentro, ¿puedes creértelo? Y si una no tiene ganas de ver a nadie, ¿qué? No podemos... desaparecer.

—Claro, Michk'. Te entiendo perfectamente. ¿Por qué no te sientas un rato?

Michka se deja caer en el sillón.

—Bueno, entonces, ¿has mandado el cartel?

—Sí, saldrá esta semana en *Le Monde* y la semana que viene en *Le Figaro*. Si hay novedades, te aviso.

Michka graba en su mente la información.

Ahora le toca aguardar. Esperar. Sin hacer preguntas, pero dejando una ventana abierta a la esperanza tanto tiempo como sea posible.

—Y con los jerséis pesa igual, como si no supiera colocarlos yo misma. ¿Por qué se entremezcla?

—Oye, Michka, ¿y no será que te da miedo que descubra la botella de whisky?

—Está bien escondida, no te preocupes. La puse más al fondo todavía. Pero no me gusta que metan las raíces en mis cosas. ¿Y tú qué te cuentas?

—No mucho, todo en orden.

Michka me observa durante unos segundos.

—¿Ya te peinas?

—Sí, Michk', ya me peino. Te lo he contado muchas veces: es complicado peinar un pelo rizado como el mío, las demás lo tienen más fácil...

—Ah, bueno, si tú lo dices... Qué lástima.

Pasa un ángel. Nos quedamos pensativas.

—En realidad, quería decirte una cosa, Michka... Estoy embarazada.

Michka hace como que no me ha oído.

—Tengo bombones, si quieres, llevan una bizca de alcohol, pero muy poquito, eh, casi ni se nota, son delictivos, me los ha traído la señora Danville.

—Michk', ¿has oído lo que te acabo de decir?

—Pero ¿qué chico?

—¿Cómo que qué chico?

De pronto parece indignada.

—¿No sabes quién es el chico?

—Sí, sí, claro que lo sé, pero no creo que quiera tener un hijo.

—¿Es nuevo?

—Sí..., bueno, a ver, nuevo tampoco es, a lo tonto a lo tonto ya llevamos varios meses. Se llama Lucas, te he hablado de él en alguna ocasión. Lo conocí en una fiesta. Es un encanto, pero no vivimos juntos y además... se tiene que ir al extranjero. Pensaba que no podía quedarme embarazada, ¿sabes? ¿Te acuerdas de lo que me dijo el doctor en el hospital? Que tendría secuelas, que sería complicado. Por eso lo pensaba.

—Es verdad... Cuando estuviste enferma, estabas...

Michka hace un gesto extraño, como de algo que se evapora.

—Estabas tan... Es verdad. Pero, entonces, es maravilloso, estás apañada.

—Sí, eso es, Michk', estoy apañada. Y cagada de miedo también.

Me quedo esperando una reacción de aliento o de condena en su mirada. Pero Michka se limita a observarme en silencio, más concentrada que nunca.

—¿Se lo has dicho al chico?

—No, todavía no. Antes quiero aclararme conmigo misma. Tengo miedo, Michk'... No sé si soy capaz. Capaz de tener un hijo. Me da miedo equivocarme. Repetir los mismos errores, o que se repitan aunque yo no quiera, como una maldición, como una fatalidad, algo que estuviera ahí, en la sombra, en el recuerdo, en la sangre, en la historia de la humanidad, algo contra lo que no puede hacerse nada. ¿Me entiendes? ¿Y si no tengo suficiente amor, suficiente paciencia, suficiente atención? ¿Cómo puedo saber si soy capaz de educar a un niño, de entenderlo, de cuidarlo? ¿Seré capaz de hablar con él, de enseñarle las cosas importantes, de dejar que suba solo al tobogán, que atravesase la calle sin darme la mano y de dársela yo cuando él lo necesite? ¿Sabré cómo hacerlo? Me da miedo no quererlo, me da miedo quererlo demasiado, me da miedo hacerle daño, me da miedo que no me quiera.

—No me digas que no es una lástima... Cuando se me acaben los bombones que me ha traído la señora Danville, ¿qué ofreceré a las visitas?

—Supongo que debería abortar.

—Ah, no, eso sí que no.

—¿Por qué no?

—No, no y no... Y que conste que no tiene nada que ver con esa mujer, está estupendamente, con su moño impecable y vestida siempre de punta en flanco.

Michka se da cuenta de mi cara de estupefacción.

—Sí, mujer, ya sabes de quién te hablo, la que salió del campo...

—¿Simone Veil?

—Sí, esa. Francamente, lo que hizo por las mujeres estuvo muy bien. Formidable, incluso. Pero no tiene nada que ver con lo que estábamos hablando.

—No, desde luego...

Michka se queda absorta en sus pensamientos, visiblemente emocionada. Soy yo quien rompe el silencio.

—¿Has podido leer?

—Demasiado pequeño.

—Pero si te traje libros con letra grande, ¿no lo has intentado?

—¿El qué?

—Leer los libros que te traje la última vez. Escritos con letra grande.

—¿Con letra grande? Eso es para los viejos... Se los he dejado al hombre.

—¿Qué hombre?

—El hombre. El que me enseñó a abrir la ventana del todo, nos lo tienen prohibido. Con un rastrillo.

—Pero ¿de quién me estás hablando? ¿Es alguien del personal?

—Claro que no, ¿no te digo que nos lo tienen prohibido?

—Entonces, ¿quién es?

—El hombre de al lado, no sé cómo quieres que te lo diga, lo has visto más de una vez, ese que lleva un traje de twist.

—¿El señor Terdian?

—Sí. Anda que no conoce bien la casa, con el tiempo que lleva aquí. Me enseñó a hacerlo con un... con un... —Michka suspira— un... ¡clac! De hecho, la ventana puede abrirse de por en par, pero no nos dejan. Así que cuando llegan, ¡pum! —Michka simula el gesto de precipitarse hacia la ventana, sin moverse de donde está—, doy un salto y cierro.

—Ten cuidado, de todas formas, no vayas a romperte la crisma.

—Hay que hacerlo con uno que esté bien afilado. Me lo llevé del comedor la noche del... entre... del entreacto...

—¿Del entrecot?

—¿Sabes? Yo me quedé sin.

—¿Sin entrecot?

—No, sin hijos.

—Ya lo sé, Michk'. Pero me tienes a mí. Estoy aquí.

—Lloraste mucho, ¿sabes? Cuando el doctor te lo dijo, cuando te dijo que no estaba claro, que no estaba nada claro que pudieras quedarte apañada algún día. Lloraste mucho, ya te lo digo yo.

—Es verdad. Pero quizá ahora no sea el mejor momento.

—Quizá nunca es el mejor momento.

Michka mira por la ventana. Luego se vuelve de nuevo hacia mí.

—¿Sabes? Yo no quería tener hijos. Por nada del mundo. Ni familia, ni hijos. Nada de nada. Si no hubieseis vivido en el piso de arriba, me habría quedado tan pancha. No era más que una bacina... una vecina, tranquilita en su roscón. La primera vez que viniste, no sé si te acuerdas, llevabas no sé cuánto tiempo sola en casa, uno o dos días, no quisiste decírmelo, esa vez yo también me pegué un buen gusto. Comiste y te fuiste. Me pasó la noche en veda. Luego volviste por segunda vez, con esos ojos, con esos ojazos tuyos que me empeoraban, y te abrí las puertas de mi casa. A partir de entonces volviste una y otra vez, y cada vez que venías yo te recogía, pasabas tardes enteras, y acabé comprando rotuladores, y papeles de colores, y tijeras, y los almirantes del zoo, no sé si te acuerdas, las cebritas de plástico eran tus favoritas, y la plastilina, y luego los polos de Cola-Loca, que metíamos en el c... consolador. Venías todas las noches, o casi todas. Te lo cuento tal como fue: una cría llamando una y otra vez al mimbres de mi casa. Cuando la cosa empezó a descontrolarse, cuando empezó a salir de madre, te quedabas a dormir, y luego pasó lo que pasó, pero, bueno, ya está bien. Eso no es lo importante, no sé por qué me empeño en mezclar paparruchas con berlinas..., perdóname. Eres tú la que tienes que decidirlo. Tú sabrás lo que haces. Pero déjame decirte una cosa más antes de que tomes una solución: eso es lo que cuenta, lo que cuenta al fin y al cabo.

—¿A qué te refieres?

—A que por primera avidez empecé a esmerarme en alguien, quiero decir alguien que no fuera yo. Eso lo cambia todo, Marie. Tener miedo por otro, otro que no seas tú. No sabes la suerte que tienes.

—Y luego dices que no encuentras las palabras.

Michka se siente halagada.

—Sí, tienes razón... Pero solo en caso de necesidad.

—¿Quieres que te traiga un té de la máquina?

—Sí, por favor. Estoy agotada, no sé por qué. Con limoncello, si no te importa.

—¿Con limón?

—Eso.

Los días en que espera visita, Michka se pone sus mejores galas. El jersey azul cielo, que resalta el color de sus ojos, o la chaqueta beis que hace juego con su pantalón.

Yo la llamo siempre antes de venir. Preferiblemente la víspera, para que tenga tiempo de arreglarse.

Llamo a la puerta antes de entrar.

Le doy un abrazo.

—No sé para qué vienes, menudo rollo, lo que deberías hacer es descansar.

—Ya hemos hablado de eso, Michk'. Vengo porque me apetece. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien..., pero no acabo de entender qué pasa.

—¿A qué te refieres?

—Que ya no es como antes. Aquí, quiero decir. El nivel está bajando, ¿sabes? Han muerto dos resignantes...

—¿Dos residentes?

—Sí. Dos en una semana. La señora Crespin, la que te dije que recibía paquetitos con chichones, pues bien... en plena noche, fiuuu, como quien no quiere la cosa.

—Qué pena... Con lo bien que te llevabas con la señora Crespin, ¿verdad?

—Sí... Pero somos viejas, qué quieres. Ya te lo he dicho, tenemos que ser... realísticas, llega un momento en que la cosa no da más de sí. Es mejor que se acabe. No me da pena, pero me da miedo.

—¿Y a la otra la conocías?

—No, estaba en el cuarto. En el cuarto pino. Donde tienen a los... No es que estén chafados, pero son como fantasmas que preambulan por la noche y hay que encerarlos. Pero el dilema es el catálogo...

—¿Qué catálogo?

—Ya sabes, el catálogo ese de Cal... de Macedonia.

—¿Qué pasa con el catálogo?

—Que era suyo.

—¿De la señora Crespin?

—Sí, me lo dejó para que me comprara unas pant... pantorrillas y me siento mal por no habérselo devuelto.

—No pasa nada, Michka, no creo que se lo hubiera llevado. ¿Viste algunas pantuflas que te gustaran?

—No, no me gustan los pompones... Pero ya no es como antes. Aquí, quiero decir. Sobre todo por las noches, cuando hacen la ronda.

—¿De qué ronda hablas, Michk'?

—Cuando todos los resignantes están en sus habitaciones, dan vueltas para asegurarse de que... y luego también por las mañanas. Sé perfectamente por qué lo hacen.

—Michka, ya te lo he explicado, es normal que las cuidadoras den una vuelta para ver si todo está en orden, no tienes de qué preocuparte.

—No me gustan las noches.

—¿No duermes bien?

—Es por culpa de las palabras, ya te lo he dicho. De noche se... se agazapan... se pierden, cuando no consigo dormir se enfugan, se desfuman, es justo en ese momento, estoy segura, pero no hay nada que hacer, vagones enteros a toda velocidad, no puede hacerse nada contra eso, ya te lo digo yo, ni siquiera el loco... el gogo... el logo...

—¿El logopeda?

—Sí, me lo ha dicho él. Los estropicios no sirven de nada cuando se llega a mi punto.

—Qué exagerada eres, seguro que no ha dicho eso. Lo que pasa es que no te gusta hacer los ejercicios.

—Es agotador. Tendrías que ver cómo estoy después, hecha purpurina. Qué triste, la verdad...

Durante unos instantes, Michka permanece sumida en sus reflexiones.

—Debería estar prohibido envejecer. Pero, bueno, ya que estás aquí, aprovecho para decirte algo: me gustaría que me abreviaran.

—¿Cómo?

—Para mi falaral. Una abreviación..., unos canapés y se acabó. Como la señora Crespin, parece que estuvo muy bien la cosa.

—¿Quieres decir una incineración?

—Eso es. Pero que sean de sermón los canapés, no de paté.

—¿De salmón? Bueno, vale, me lo apunto, pero no corre prisa, supongo, no es algo inminente.

—No pude ir a lo de la señora Crespin. Nos pusieron un vagón para ir todos juntos, pero estaba muy cansada.

—Es normal, Michk', no te preocupes. Tienes que descansar.

—¿Y el pequeño?

—¿Qué pequeño?

Sé perfectamente de qué me habla.

—¿Cuál va a ser? ¡El tuyo! ¿Cómo anda?

—Pues... por aquí sigue. He hablado con Lucas. Se ha mostrado comprensivo, pero sigue decidido a irse a la India. No sé si te he dicho que trabaja para Nouvelles Frontières y le han ofrecido un puesto como responsable local. Conoce bien el país. Desde el principio me dejó claro que estaba esperando ese puesto. Y yo desde el principio le dejé claro que no pensaba moverme.

—¿Por qué no?

—Pues... porque tú estás aquí, Michk', y porque no se me ha perdido nada en la India. Acabo de conseguir el trabajo que quería, con lo difícil que es eso...

—¿Y el chico se ha... enfriado... enfangado...?

—¿Enfadado? No. Me ha dicho que tuviera el niño si quería. Que me ayudaría en la medida de sus posibilidades. Pero está decidido a irse. Pase lo que pase. Además, no tiene muchas ganas de ser padre, que digamos. En realidad, creo que no está muy enamorado de mí.

—¿Ah, no? ¿Y eso cómo puede ser?

Si le dijera que Lucas ha rechazado un cheque de cinco millones de euros, reaccionaría igual.

—Así es la vida, Michk', qué le vamos a hacer.

—Pero... ¿ya le has justificado que con los pelos que tienes no te puedes peinar?

—No, Michk', no tiene nada que ver con mis pelos. Él lleva rastas, ¿sabes lo que son?

—Sí, sí. Bueno, en ese caso tendrás que tomar la decisión tú sola. Sin novio.

—Pues sí, mira tú por dónde. Pero no te preocupes, ya me las apañaré... Creo que en el fondo tenía ganas de tener un hijo, ganas de verdad. ¿Quieres salir a dar una vuelta?

—No, hoy no me apetece, estoy cansada.

—¿Seguro? Mira que hace bueno.

—No, gracias, de merdad.

JÉRÔME

Michka me espera sentada en el sillón.

No hace nada mientras tanto. No finge leer, ni tejer, ni estar ocupada.

Aquí esperar es una ocupación en toda regla.

Le doy la mano al entrar y le pregunto cómo está. Me ofrece un vaso de agua o un pequeño tetrabrik de zumo que le ha sobrado de la merienda, insiste en que coja un bombón o un caramelo, sin duda en señal de agradecimiento.

Tenemos nuestros rituales.

A Michka le gusta el momento en que aprieto la tecla del magnetófono digital y doy comienzo a la sesión, siempre con palabras parecidas:

«Hoy es 5 de septiembre y estoy grabando, con su consentimiento, la vigésima sesión de la señora Seld.»

—¿Te gustan los refranes, Michka?

Michka hace un mohín de disgusto.

—Hoy haremos un pequeño ejercicio para estimular la memoria y refrescar el vocabulario.

—Ya veremos.

—Sí, ya verás, es muy divertido. Te daré el inicio de un refrán y tú tienes que encontrar el final. Vamos a empezar con algo sencillo, solo tienes que adivinar la última palabra para completar el refrán. ¿Te parece bien?

Michka asiente sin demasiado entusiasmo.

—*A mal tiempo, buena...*

—Vara.

—¿Estás segura? Repito: *a mal tiempo, buena...*

—Carga.

—Cara, Michka. Has estado muy cerca. *La ocasión la pintan...*

—... malva... ¡calva!

—Muy bien. *Por el humo se sabe dónde está el...*

—Fuego.

—*La verdad está en el fondo de un...*

—¿Campo? —Michka reflexiona—. ¿Volcán?

Me mira con gesto contrariado.

—Ese no lo conozco.

—*La verdad está en el fondo de un pozo. ¿No te suena?*

—En absoluto.

—Otro: *Obras son amores y no buenas...*

—¡Ajá! Entonces, ¿has ido?

—¿Adónde?

—A ver a tu padre.

—Yo no dije que iría, Michka, dije que me lo pensaría.

—¿Y te lo has pensado?

—Me lo estoy pensando, sí, pero necesito tiempo. Estas decisiones no se toman a la ligera. Conllevan un riesgo. No es fácil, ¿sabes? Pero no aproveches para distraerte, anda. Uno más: *A otro perro con ese...*

—Es que sufro por ti. Los remordimientos son muy malos.

—Ya lo sé, Michka. Yo también sufro. Pero a veces no hay elección y uno tiene que... protegerse.

—Pero ahora estás pasando por un momento bólico, ¿verdad?

Me salva la entrada del enfermero. No detengo la grabación.

El enfermero habla muy alto, articulando exageradamente, como si se dirigiera a una niña. A Michka no parece molestarle.

—¿Quería verme, señora Seld? Me han dicho que esta mañana ha preguntado por mí...

—Ah, sí... Quería saber si podríais ponerme algo más... sustancial en mi... por la noche... Las pa... las pi...

—¿Las pomadas?

—No, no... Esas cosas chiquititas, así de pequeñas, que nos dais de vez en cuando..., dos o tres...

—¿Las pastillas?

—Sí.

—¿Me está hablando de su tratamiento, señora Seld? Le damos una cápsula por la tarde y otra por la noche.

—¿Cómo se llama?

—La de las seis omeprazol, la de las diez mianserina.

—¿Cuál es la más noctiva?

—Son para cosas distintas. La de las diez es para que duerma bien y la de las seis para que no le duela la barriga...

—Ah... pues entonces quiero la de las diez.

—Eso debería recetarlo su médico. ¿Quiere que adelantemos la de las diez?

—Sí.

—No puede dormir, ¿verdad?

—Eso es mucho decir, pero ya es decir algo...

—Le preguntaremos a su médico. Parece que está usted nerviosa por las noches.

—Bueno... Pues ni tanto.

El enfermero se vuelve hacia mí, tomándose como testigo.

—Se ve que la señora Seld y el señor Terdian guardaban cuchillos en sus habitaciones para manipular las ventanas...

Luego vuelve a dirigirse a Michka, en un tono más elevado.

—No podemos permitir los cuchillos en las habitaciones, señora Seld, ¿lo entiende?

Michka lo mira por encima del hombro.

—Sí, lo entiendo perfectamente, señor enfermero. Pero tampoco es para tanto, digo yo, ¿no vamos a evaporarnos por mucho que abramos las ventanas!

—Hablaré con la directora para que vea con su médico la cuestión del tratamiento. Hasta pronto, señora Seld.

El enfermero se va. Sus zapatos hacen un ruido como de ventosa sobre el linóleo.

Michka me mira.

—Es buen chico, en realidad, parece un poco tontúmeno, pero es muy buen chico.

—No lo dudo, Michka. ¿Seguimos con el ejercicio?

Se encoge de hombros y suspira ostensiblemente.

Me río.

Ella también se ríe.

—*Lo mejor es enemigo de lo...*

—¿Te he contado que Marie está embarazosa?

—Embarazada, sí, me lo dijiste la semana pasada.

—Ha decidido tener al niño, ¿sabes? Ella sola.

—¿Y eso te preocupa?

—Pues ni tanto. Pero un poco sí, la verdad.

MARIE

Cuando voy a ver a Michka observo a las residentes. A las muy muy viejas, a las moderadamente viejas y a las no tan viejas, y a veces tengo ganas de preguntarles: ¿todavía os acaricia alguien? ¿Todavía os abraza alguien? ¿Cuánto hace que otra piel no entra en contacto con la vuestra?

Cuando me imagino vieja, realmente vieja, cuando intento proyectarme dentro de cuarenta o cincuenta años, lo que me resulta más doloroso, más insoportable, es la idea de que ya nadie me toque. La desaparición progresiva o repentina del contacto físico.

Quizá la necesidad ya no sea la misma, quizá el cuerpo se retraiga, se acurruque, se entumezca, como durante un largo ayuno. O quizá, por el contrario, se queje de hambre, una queja muda, insoportable, que ya nadie quiere escuchar.

Cuando Michk' viene hacia mí con paso inseguro, a punto de perder el equilibrio, me entran ganas de abrazarla, de insuflarle un poco de mi fuerza, de mi energía.

Pero me detengo antes de estrecharla entre mis brazos. Por pudor, supongo. Y por miedo a hacerle daño.

Se ha vuelto tan frágil.

Cuando sea vieja me tumbaré en la cama o me arrellanaré en un sofá y escucharé la música que ahora escucho, la que ponen en la radio o en las discotecas. Cerraré los ojos para recobrar la sensación de mi cuerpo en pleno baile. Mi cuerpo desatado, ligero, dócil, mi cuerpo en medio de otros cuerpos, mi cuerpo liberado de miradas ajenas, bailando sola en medio del salón. Cuando sea vieja pasaré horas así, atenta a cada sonido, a cada nota, a cada impulso. Sí, cerraré los ojos y me proyectaré mentalmente en la danza, en el trance, recuperaré uno a uno los movimientos, los quiebros, y mi cuerpo se ajustará de nuevo al ritmo, al compás, a la pulsación.

Eso es lo que me quedará cuando sea vieja, si llego a serlo algún día. El recuerdo de la danza, los bajos latiéndome en el estómago y el movimiento sinuoso de mis caderas.

Michka dormita en el sofá. Llevo varios minutos sentada a su lado, unas ondas minúsculas pasan por su cara y puedo leer en ellas que empieza a percatarse de mi presencia. Abre los ojos.

—Hola, Michk', ¿cómo estás?

—No dormía, eh.

—Ya lo sé, no te preocupes. Me estabas esperando. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Y a ti cómo te va con el... pequeño?

—El médico dice que todo está en orden.

—Eso es bueno. ¿Y el cartel?

—Nada, Michka, lo siento. Volví a publicar el anuncio el martes pasado. Pero, por el momento, no hay noticias.

La tristeza le marchita el rostro de golpe.

—Me habría... tanto... gustado, ¿sabes?

—¿Estás segura?

—Sí.

—Entonces habrá que pensar algo. Una alternativa.

Michka se queda callada unos instantes, perdida en sus pensamientos. Hasta que ahuyenta la decepción como quien espanta una mosca.

—¿Te he dicho que me han invitado a jugar al fridge?

—No, no me lo habías dicho. ¿Quién te ha invitado?

—Las señeras.

—¿Qué señeras?

—Las jóvenes. Las que están siempre abajo, las que se basan la tarde en la sala grande, algunas incluso van al taller corporal.

—Es verdad que parecen en forma, pero tampoco son tan jóvenes, no exageres.

—La cabecilla de la banda es la que va en astilla de ruedas. ¿Sabes cuál te digo? La del alboroz.

—Sí, ya sé. ¿Y les has dicho que sí? ¿Jugarás al bridge con ellas?

—No lo sé.

—¿Por qué? ¿No te apetece?

—Me da miedo hacer gallos.

—Pero qué dices, Michk'. Conoces las reglas, no veo ningún motivo por el que no puedas jugar bien.

—No me digas que no es una lástima...

—¿El qué?

—Lo del señor Terdian, que se cayó en su habitación y se rompió un hueso enorme. Está allí, en el... en la...

Michka busca una palabra, pero no la encuentra.

—¿En el hospital?

—Sí. Espero que vuelva.

—Pues claro, Michk', en cuanto esté mejor volverá.

—Ya, pero aquí está pasando algo grave, ¿sabes? Algo muy grave. En los lavabos de debajo. Deberías ir a verlo. Yo no pienso volver con los pies, sé muy bien lo que pretenden.

—No sé de qué hablas, Michk', ¿te refieres a los lavabos de la planta baja?

—Sí, los que están al lado del ref... del com... del comendador..., ya lo verás, encima de la puerta hay un... una especie de... de cosa blanca... que lanza un... pshiiiiit cada vez que entramos. ¿Sabes? Yo creo que nos están gaseando.

—Que no, mujer, que es un ambientador.

—Pues el ambiente no es ninguna maraquilla, que digamos. Y el perfume no va a regalarlo. Ve a verlo al salir.

—Está bien, iré a verlo, si quieres. Pero no tienes de qué preocuparte, Michk'. Aquí estás segura, ¿lo sabes, no?

—Si tú lo dices.

Michka está de pie frente a la malvada directora.

La expresión de la mujer y la rigidez de su postura parecen indicar que se trata de una pesadilla, pero Michka aún no está convencida.

La directora le habla con firmeza, dando muestras de una ligera impaciencia.

—¿Puede levantar los brazos, señora Seld?

Michka obedece.

—¡Más arriba!

Michka alarga ambos brazos hacia el cielo.

—Ha perdido usted mucha elasticidad desde que llegó, señora Seld. Muchísima. En cuanto se acomodan, el deterioro de los residentes suele ser espectacular, y debo reconocer que ocurre con frecuencia, pero no crea que vamos a perder el tiempo con lamentaciones. La lista de espera es muy larga, como bien sabe. De modo que, para resumir, usted sufre de pérdida de autonomía a la hora de lavarse, de vestirse...

—Ah, no, vestirme me visto yo sola.

—No por demasiado tiempo. Continúo: pérdida de autonomía a la hora de lavarse, de vestirse, de comer...

—Ah, no, eso sí que no, ¡yo como sola perfectamente!

—Los trastornos del habla son cada vez más acusados: afasia, parafasia, dificultad a la hora de encontrar las palabras..., el cuadro completo, vaya.

—Cuando sueño no tengo dificultad para encontrar las palabras, ¿sabe? En sueños hablo muy bien.

—Eso es lo que usted cree. O lo que quiere hacernos creer. Porque ¿cómo puede demostrarlo?

—Bueno, pues... ahora, por ejemplo, estoy hablando, ¿no?

La directora suelta una carcajada. Una carcajada diabólica que se interrumpe súbitamente.

—En fin, no vamos a pasarnos la noche discutiendo. ¿Cuál es su agenda?

Michka parece desconcertada.

—No sé...

—¿Piensa permanecer mucho tiempo en nuestro centro?

—No demasiado, estoy esperando noticias. Como comprenderá, no puedo irme así por las buenas.

—En tal caso va a tener que esforzarse mucho. Primero: hacerse la cama correctamente, y no como una adolescente. Segundo: hacer los ejercicios que el señor Milloux le propone y en los que obstinadamente se niega a participar...

—Eso no es verdad, me esfuerzo todo lo que puedo.

—Pues no es suficiente. Tercero: respetar el toque de queda. Cuarto: sacar la botella de whisky del armario.

—Anda..., no me diga que lo sabía.

—Yo lo sé todo, señora Seld. La gestión eficaz de un centro de acogida para personas mayores

dependientes se basa en un servicio de inteligencia infalible. ¿Algo que alegar en su defensa?

—Lo siento mucho, no quería contrariarla. En absoluto. Pero hay cositas que una debe esconder, ya me entiende. Para levantar el ánimo. Hay cositas que una debe poder hacer en la intimidad, cositas ligeramente prohibidas, y cerrar la puerta cuando necesita estar tranquila. Me entiende, ¿verdad? No tengo nada contra usted, señora...

—Entrecot.

—No tengo nada contra usted, señora Entrecot. Simplemente necesitamos sentirnos todavía un poco libres, si no, ¿qué sentido tendría todo esto?

—¡Eso es lo que yo me pregunto, señora Seld! Ha dado usted en el clavo: ¿qué sentido tiene todo esto?

Tras sus últimas palabras, la directora se aleja. Sus pasos resuenan en el pasillo.

JÉRÔME

En apenas unas semanas, su elocución se ha vuelto más lenta, más sinuosa, a veces se detiene en mitad de una frase, desorientada por completo, o renuncia a encontrar la palabra que busca y pasa directamente a la siguiente. Aprendo poco a poco a seguir los meandros de su pensamiento.

Estoy vencido. Lo sé. Conozco ese punto de inflexión. Ignoro la causa, pero compruebo sus efectos. La batalla está perdida.

Pero no debo rendirme. De ninguna de las maneras. Si no, aún será peor. Caída libre.

Hay que luchar. Palabra a palabra. Sin concesiones. No hay que ceder. Ni una sílaba, ni una consonante. Sin el lenguaje, ¿qué nos queda?.

Hemos hecho diez minutos de ejercicios, a los que Michka se ha entregado de buena gana, pero parece que ya ha tenido suficiente.

—¿Quieres que lo dejemos, Michka?

—No sirve nada.

—Claro que sirve, créeme.

Se queda callada unos segundos. Ahora que la conozco, sé que a menudo sus silencios son la antesala de un recuerdo o una confidencia.

—No me digas que no es una lástima. ¿Sabes? Le doy tantas vueltas... de noche. Por el cartel, en el periódico. Pero no contestan. Pienso en ellos. Imagínate..., tres años sin decir nada..., si algún día... Se la estaban jugando, ¿sabes? Podrían haberlos... transportado... a ellos también..., se la estaban jugando..., había un... un reguero adonde íbamos a... a bañarnos..., de eso sí me acuerdo..., con el perro..., aún conservo algunos... así... bastante... nítidos..., me habría gustado... tanto... poder decírselo. No me digas que no es una lástima...

—Perdóname, Michka, pero me cuesta un poco seguirte. ¿Me estás hablando de tus padres?

—No. Mis padres... están... evaporados.

—¿Incinerados?

—Peor.

Me quedo mirándola unos instantes, le tiembla la barbilla.

—¿Llegaste a conocerlos?

—Pues ni tanto.

—¿En qué año naciste, Michka?

—En 1935.

—¿Tus padres fueron deportados?

Michka asiente. La pena se apodera bruscamente de su rostro. Se ha quedado sin palabras.

—¿Y consiguieron volver?

Michka niega con la cabeza.

Se levanta para ir al baño.

No ha cogido el bastón. Conoce la habitación al dedillo. Sabe dónde apoyarse en cada momento. Mano derecha, mano izquierda.

Yo no digo nada. Me limito a esperar.

Oigo correr el agua.

Sale al cabo de unos minutos y vuelve a sentarse. Me sonrío.

—Últimamente viene menos. Por el alborozo.

—¿Quién? ¿Marie?

—Sí. El doctor le ha dicho eso... Que no se despedace si no es necesario.

—Será por las contracciones. No hay que poner en riesgo al bebé. Por suerte la señora

Danville viene a verte de vez en cuando.

—Sí, y también está Armande, que es muy maja. En el comedor nos sentamos... de codos.

—Es verdad, parece muy dinámica esa mujer.

—Hace todas las cautividades, en cambio yo... yo soy... demasiado...

—Bueno, Michka, ella participará en muchas actividades..., ¡pero tú vas a ser abuela, como quien dice!

—Sí, verlo para creerlo. ¿Sabes? Es extraño... No sé cómo explicarlo... Hay un... una... una especie de... rueda, ¿no? O más bien un... un... —Michka hace un gesto como si quisiera representar un círculo o un conjunto de elementos— que va tomando... forma... foco a foco..., ¿sabes a qué me refiero?

—A ver, desarróllalo un poco más.

—Son como... proezas, que encajan las unas con las otras, que se... parecen entre sí, como en un p... p... p...

—¿Puzle?

—Sí, eso es. Y le da surtido a todo. En el momento oportuno. Cuando más cuesta enfrentarlo..., porque todo se ha vuelto tan... difuso. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—¿Y a Marie aún no la has cocido?

—¿Conocido?

—Eso.

—No, nunca nos hemos cruzado, ella no suele venir en días laborables y yo ya sabes que nunca vengo los fines de semana.

—¿Te he dicho que vivíamos... en el mismo artificio, cuando ella era... pequeña?

—Sí, Michka, me hablaste mucho de eso al principio, al llegar aquí.

—¿Ya te lo he contado, entonces?

—Sí, en nuestras primeras sesiones. Me hablaste de Marie y me explicaste que era una niña que vivía en el piso de arriba, una niña de la que te ocupaste mucho. Y luego estaba la señora Danville, la conserje del inmueble, que viene a verte regularmente.

—Sí, y me trae bombones. Es un... clamor. No sé si sabes que me... tele... todos los días. Todas las mañanas. Tanto si flota como si hace gol. Todas las mañanas, antes de empezar su hornada.

—¿Te telefona?

—Sí, exacto. Ya lo hacía antes de que yo viniera aquí. Una llamita de comprobación todos los días. ¿Te das cuenta?

—Sí, muy amable por su parte, la verdad. ¿Y sigue trabajando allí?

—No, cuando le llegó el jubileo se fue... afuera, al... a la verdura. ¿Sabes? Marie se quedó con ella también algunas veces, cuando yo no podía. Pero sobre todo venía a mi casa.

—¿Y los padres de Marie?

—Nunca se supo de padre. Y su madre estaba..., una mujer joven y tan... triste... A veces se pasaba el día cerrada..., sin salir de la cama..., durmiendo, durmiendo todo el rato, imagínate, las sábanas cerradas, las puertas cerradas, los ojos cerrados, pero a veces salía de pronto, sin prevención, primero por las noches y luego varios días corridos.

—¿Se iba de casa?

—Sí, eso es.

Noto cómo le afectan los recuerdos. Pocas veces me habla de su pasado.

—Veía a la pequeña Marie en el artificicio. Acompañada de su madre, o en solidario. Con sus muñecas o con... cosas de plástico. Un día fui al parque... Hacía mucho frío. Marie estaba con su madre, dando un...

—¿Paseo?

—Sí, pero Marie no llevaba amigo.

—¿Abrigo?

—Eso es. No llevaba. Y su madre hablaba y hablaba, la tiritaba bien, pero como si... no se diera cuenta. Del frío. Así que le di mi géiser a Marie y le dije: pásate por casa cuando quieras.

—¿Y te reconoció?

—Sí, claro. Nos cruzábamos a menudo en la... escarapela.

—¿Y pasó por tu casa?

—Sí, unos días después llamó a la puerta. Yo estaba... tan... Pero ¿qué querías que hiciera? Le di la cena y se marchó. Volvió otras veces..., a menudo... Incluso a dormir. Y luego se quedó en mi casa, casi todo el tiempo.

—¿Y no avisaste a los servicios sociales?

—No. Lo pensé, pero pensé también en esa palabra, ya sabes..., esa palabra... que da tanto miedo.

—¿Qué palabra, Michka?

—Eso que hacen los... chivatos. Un her... Un verd... Un verbo.

—¿Denunciar?

—Sí. No era posible denunciar. No fui capaz... Su madre intentaba... salirse, estaba completamente..., ¿me entiendes? Ella también vino en alguna ocasión a dormir a casa. Había días en que estaba muy bien, a veces incluso largas temporadas. Y entonces se ocupaba de su hija.

—¿Y ahora dónde está?

—Ahora está... muerta. Marie acababa de alcanzar la... mayoría.

—¿La mayoría de edad?

—Eso es. Tuvo un... —Michka busca en balde una palabra— con el coche.

—¿Un accidente?

—Sí.

—¿Y a partir de entonces te ocupaste tú de ella?

Un manto de silencio cae sobre nosotros.

—Son recuerdos muy dolorosos, ¿verdad, Michka?

—Sí, pero ahora es... otra cosa..., ¿sabes? Es algo... diferido.

—Ya, claro. Ahora Marie está embarazada, se la ve muy bien, es fantástico, ¿no?

—Pero no se lo podré contar.

—¿A quién?

—A la criatura. Me gustaría poder contárselo como hacen las... las... las... Ay, si lo has dicho tú antes.

—¿Las abuelas?

—Eso es.

—¿Y por qué no podrás contárselo como hacen las abuelas?

—Demasiado... escape... y además estoy tan... acogotada. ¿Tú también?

—No, qué va, Michka, yo no estoy cansado. Es lógico que tú lo estés, llevas mucho rato hablando. Pero últimamente te noto un poco más triste de lo habitual, ¿puede ser?

—¿Sabes? La mujer de la simpleza me ha traído bañuelos.

—¿Pañuelos?

—No...

Michka acerca los dedos índice y pulgar y, con aire travieso, me mira a través del espacio que deja entre ellos.

—¿Caramelos?

—No..., tienen forma de bu... de abu... de abuelos.

—¿De buñuelos?

—¡Sí, eso es! ¿Quieres uno?

—Venga, va, uno pequeñito. Y luego lo dejamos por hoy, ¿vale?

—¿Y tú no tienes hijos?

—Pues no, Michka, me habría gustado, pero me divorcié antes de tenerlos.

—Anda..., ¿y no has encontrado nada nuevo?

No puedo impedir que se me escape la risa.

—¡Mira que eres curiosa, Michka! No, nada nuevo bajo el sol, qué le vamos a hacer.

—Y por lo que respecta a tu padre...

—Vaya, lo que faltaba.

Nos miramos unos instantes. Le sonrío.

—He estado pensando. A lo mejor deberías... escribir... Tener un... cesto... un gesto con él.

—Me lo pensaré, Michka. Pero ya basta de hablar de mi padre, ¿no?

—Es a ti.

—¿A mí qué?

—Que es a ti a quien te devasta.

—Pero, bueno, mira que eres exagerada. De verdad, no te preocupes. Y lo del tratamiento, ¿se ha solucionado?

—Sí, todo solucionado. Me lo han... adelantado... el de las diez. Perfecto.

—Bueno, pues te dejo que descanses. ¿Nos vemos el jueves?.

Soy logopeda. Trabajo con las palabras y con el silencio. Con lo que no se dice. Trabajo con la vergüenza, con los secretos, con los remordimientos. Trabajo con la ausencia, con los recuerdos que ya no están y con los que resurgen tras un nombre, una imagen, un perfume. Trabajo con el dolor de ayer y con el de hoy. Con las confidencias.

Y con el miedo a morir.

Forma parte de mi oficio.

Pero lo que me sigue sorprendiendo, lo que me alucina incluso, lo que aún hoy —tras más de diez años de práctica— me deja a veces sin aliento, es la perdurabilidad de las penas infantiles. La huella ardiente, incandescente, que dejan a pesar de los años. Una huella indeleble.

Miro a mis viejos, tienen setenta, ochenta, noventa años, me cuentan recuerdos antiguos, me hablan de épocas lejanas, ancestrales, prehistóricas, sus padres murieron hace quince, veinte, treinta años, pero el dolor del niño que fueron sigue ahí. Intacto. Puedo leerlo en sus caras y escucharlo en sus voces, apreciar a simple vista cómo palpita en sus cuerpos, en sus venas. En circuito cerrado.

Un día llego y me la encuentro en un estado de agitación enorme. Está de pie en mitad de su cuarto, a punto de echarse a llorar, furiosa. Reina un desorden extraño, como si hubiese estado cambiando los muebles de sitio y lo hubiese dejado a medias.

Llamo a la puerta y entro con cautela.

—Hola, Michka, ¿cómo estás?

—No hay remedio.

—Pareces muy enfadada, ¿ocurre algo?

—Es por la celadora, que alega de pronto, sin... llavisar y siempre quiere... recomerlo todo.

—¿La cuidadora?

—Sí.

—¿Entra sin llamar?

—Sí.

—Habrá que hablar con ella para que no lo haga, Michka. Y decirle también que no recoja tus cosas. Si no te hace caso, habrá que hablar con la directora.

Michka se sienta en el sillón.

—Lo que pasa es que no consigo decir, y entonces no me entiende. Incluso cuando estoy en la... en el... aparece de sopatón.

—¿Quieres que hable con ella?

—No, no, ni se te ocurra. Se pondría hecha una furia. ¿Y tú? —Michka me observa de arriba abajo—. Pareces triste.

Los viejos son como los niños: no se les puede ocultar nada.

—¿En serio? Pues estoy perfectamente, te lo aseguro.

—Hablar es... tan difuso... y cansa tanto, ¿verdad?

—Claro, Michka.

—El otro día tuve un... —Michka hace un curioso gesto con la mano, señalándose la cabeza—, me gustaría decírtelo, pero... está demasiado lejos.

—¿Un sueño?

—Sí, pero malvado.

—¿Una pesadilla?

—Sí, con la... gran patrullanta..., que quería... desembarazarme.

—Te veo un poco ansiosa últimamente, Michka. ¿Se lo has dicho a las cuidadoras?

—No, no puedo... No hay que dar muestras de friabilidad ante las celadoras... De ninguna de las maneras.

Michka da un par de vueltas por la habitación, luego vuelve a mi lado.

—Quería decirte una cosa...

—Dime.

—Resulta que... Ya no es lo mismo, ¿sabes? Ha bajado mucho... Y se me olvidan las... Entonces todo se... fulmina... se difumina. Me da... hielo.

—¿Te da miedo?

—Sí, pero... también frío.

—¿Ha venido a verte Marie?

—No, se acabó. Tiene que... —Michka hace un gesto horizontal con la mano—. Se lo ha dicho el doctor.

—¿Tiene que hacer reposo?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta el tope.

—¿Hasta el parto?

—Sí.

—Pues menuda lata. Bueno, todo sea por la salud del bebé. Además, te llamará a menudo para contarte las novedades, supongo.

—Sí, pero yo... no me apaño.

—¿Con el teléfono?

—Sí. Está demasiado lejos.

—Ya. Pero no durará mucho. Luego Marie volverá a venir. Quizá antes del parto y todo. Oye, ¿qué te parece si intentamos trabajar un poco?

—De recuerdo.

—Hoy he traído varios objetos para hacer un nuevo ejercicio. Tienes que decirme para qué sirve cada uno y luego explicarme cómo se utiliza. ¿De acuerdo?

—De recuerdo.

Michka observa con curiosidad el material que saco de la bolsa. De entre los distintos objetos, le muestro un bloc de correspondencia.

—Ah, eso es para... las... tartas... las cartas.

—Muy bien, pero más precisamente...

—Es un... cloc.

—Un bloc, sí, que sirve para...

Michka hace en el aire el gesto de escribir, pero no encuentra la palabra.

Termino yo la frase.

—Para escribir cartas.

—Eso quería decir.

—Explícame, entonces, cómo se utiliza.

—Pues se coge un... y se le quita el... —Michka hace el gesto de quitarle el capuchón a un bolígrafo—, y ya está.

—Perfecto. Ahora mírame con atención. ¿Qué hago antes de escribir?

—Pones la... las líneas...

—Efectivamente, pongo la pauta debajo del papel para escribir recto.

—Eso es.

—Y, una vez redactada la carta, ¿qué se hace?

—Se... entromete dentro.

—¿Dentro de dónde?

—Dentro del so... del so... ¿del sorbete?

—Del sobre. ¿Y luego se lleva a...?

—Correos.

—Muy bien.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Que si has escrito la carta.

—¿Qué carta?

—La de tu padre.

—¡Pero, bueno, Michka! Hay que reconocer que cuando algo se te mete en la cabeza no hay quien te lo quite...

A Michka se le escapa un leve gesto de satisfacción que me hace sonreír.

—Pues no, Michka, aún no le he escrito. Y ya veremos si lo hago. Por cierto, hablando de escribir, ¿y si practicamos un poco? Seguro que hace tiempo que no escribes. Podrías escribirle unas líneas a Marie en el bloc de correspondencia, ¿no te parece? Le haría mucha ilusión...

—Sí, pero... con un... uno que... Con ese no.

—¿No te gusta este bolígrafo?

—No. Uno que se borre.

—¿Un lápiz, quieres decir?

—Sí.

—Creo que tengo uno por aquí.

Busco en mi bolso, encuentro un lápiz y se lo doy.

—Y una coma.

—¿Una goma?

—Sí.

—Pues goma no tengo.

—Yo sí. Mira ahí, en el cojín.

Michka señala la mesilla.

—¿En el cajón?

—Eso es.

—¿Quieres que saque una goma del cajón?

—Sí. De la cosa metálica.

Me acerco a la mesita de noche mientras Michka se instala en el escritorio.

Abro el cajón y encuentro dos estuches metálicos antiguos, barnizados por la pátina del tiempo, de esos que hacen las delicias de los anticuarios. Abro el primero. Contiene medio centenar de pastillas amarillas. Del respingo que doy, están a punto de caérseme. Michka no se da cuenta de nada. Cierro el estuche, con el corazón en un puño. El segundo contiene, como cabía esperar, clips, un recambio de grapas y una goma.

Cojo la goma y cierro con cuidado la tapa y el cajón. Al volverme, descubro a Michka inclinada sobre el escritorio intentando trazar con letra temblorosa algunas palabras en el papel, que sujeta con una mano mientras con la otra agarra el lápiz con excesiva fuerza.

No consigo decir nada.
Todas esas pastillas en el cajón.
Cincuenta, por lo menos, tal vez más.
Ocultas a la vista del personal sanitario.
Me viene a la mente la escena que presencié hace algunas semanas.
Menudo alijo de somníferos.

Michka ha escrito en la hoja: «Querida Marie».

Y ahora espera, lápiz en ristre.

Me mira, me necesita para continuar, el papel la intimida. Hago un gesto con la cabeza para darle ánimos. Michka se pone manos a la obra.

Me acerco al escritorio.

Dudo un instante antes de decir:

—Michka, mírame.

Levanta la vista como una niña interrumpida en mitad de un dictado.

—Son las de las diez, ¿verdad?

—¿El qué?

Su fingida inocencia me provoca unas ganas irresistibles de abrazarla.

—Buscando la goma me he equivocado de estuche. Y sabes lo que he visto, ¿no?

Michka duda un instante. La conozco, a estas alturas la conozco perfectamente. A veces incluso creo que puedo leerle el pensamiento.

—Espera. Tiene una explicación... Es solo... para sentirme... vibre..., ¿entiendes?

—¿Para sentirte libre?

—Sí, eso es. Libre. Solo para saber. Saber que es posible... irse. Antes de que sea demasiado alarde.

Permanecemos en silencio durante un buen rato.

—No les dirás, ¿verdad?

—Me lo pensaré, Michka.

Michka está de pie frente a la malvada directora, que la mira por encima del hombro sin compasión alguna.

—Señora Seld, siento decirle que hace algunos días recibimos una carta de denuncia donde se aludía con absoluta precisión a una serie de delitos cometidos por usted y se detallaban todas sus pertenencias oficiales y oficiosas.

—Pero, bueno, ¿quién ha podido hacer algo así?

—Qué más da quién haya sido. Un vecino, una vecina, un visitante, una enfermera, ¡su amiga Grace Kelly! ¡O incluso una cuidadora obnubilada por su ventilador o su transistor estéreo! Así es el alma humana, señora Seld, y dudo mucho que no lo sepa usted, teniendo en cuenta sus orígenes. No creerá que las cosas han cambiado, ¿verdad? La gente está dispuesta a todo por cuatro muebles o una habitación con vistas.

—Pero si yo apenas tengo nada. Vendí mi piso para poder pagar lo que me cuesta estar aquí, solo me queda un anillo y el transistor no vale un pimiento.

—Es lo que suele decirse. Es lo que dicen todos. Y luego descubrimos el botín. Pero esa no es la cuestión. Me parece a mí que sabe usted perfectamente de qué tenemos que hablar.

—¿Es por lo del whisky?

—No se haga la ingenua, por favor.

—Le juro que no sé de qué me habla.

—¿Ah, no? ¿Está usted segura? ¿No debería avisar inmediatamente a las Autoridades Superiores del Seguro de Ancianidad y de la Previsión de Exequias por lo que tiene en el cajón, señora Seld? En el cajón de la mesita de noche.

Michka, cogida en falta, no contesta.

La directora se dirige a ella en tono hostil.

—¿Acaso cree que puede renunciar así como así? ¿Que puede abandonar su puesto, sus funciones? ¿Acaso cree que es usted quien lo decide? Jamás habría imaginado algo así de una mujer como usted, señora Seld. La seleccionamos porque creímos que era digna de nuestro centro. Porque pensamos que estaría dispuesta a luchar hasta el final. Eso es lo que esperamos de nuestros miembros: espíritu combativo, tenacidad, perseverancia. Desde el principio hemos luchado contra el *turnover*. Es un tema de rentabilidad. Sé muy bien lo que se trae entre manos, no me tome por idiota. Sé lo que guarda en el cajón y cómo piensa utilizarlo. ¡Para eso tiene la botella de whisky! Bonita mezcla... Qué vergüenza, la verdad.

—No, no es para eso. Bueno, quién sabe..., o no, en absoluto. No de inmediato, en todo caso.

—¿Ah, no? ¿Y por qué tendría que creerla?

—Porque estoy esperando.

—¿Esperando qué?

—Esperando encontrarlos. Para poder irme.

—¡Pues haberlo pensado antes!

—Sí, pero no pude.

—¿Se puede saber de qué me está hablando?

—Es complicado. Y muy sencillo a la vez.

Michka se sienta, intentando ordenar los recuerdos. Ha dejado de mirar a la directora. Empieza a contar su historia. Pero ya no se dirige a la mujer que tiene enfrente, sino a sí misma o a alguien que no está.

—Me vino a buscar una prima de mi madre. Yo tenía diez años y no la había visto nunca. Durante la guerra había conseguido huir e instalarse en Suiza, en casa de unos amigos. Había que empezar de cero. Sobreponerse a las cenizas y al dolor. Me adoptó porque no tenía elección. Nos quedamos a vivir allí. Me dijo que mis padres habían muerto en los campos de concentración y nada más. No podía hablar. Se comportó como si todo aquello no hubiera ocurrido. Tal vez se sentía avergonzada. Es imposible imaginarse la vergüenza. Y la tristeza. Ella estaba viva y los demás estaban muertos. Tiempo después, me puse a investigar. Encontré su rastro. Lo que habían vivido, por dónde habían pasado. Drancy, Auschwitz. Pero también estaban los recuerdos, que me asaltaban cada vez más a menudo y me atormentaban. Recuerdos lejanos que no se correspondían con nada de lo que me habían contado. Rostros desconocidos que empezaban a desdibujarse, el río en el que nos bañábamos, el bosquecito que había detrás de la casa, lleno de zarzas, los enormes barreños con la ropa a remojo, un montón de imágenes sin relato. Como si todo aquello no hubiera existido nunca. Como si fuera una ficción, un sueño que yo había inventado. Comprendí que las preguntas engendraban dolor y que no iba a encontrar ninguna respuesta. Así que acepté el silencio. Aquella mujer me acogió porque era su deber. No tenía mucho dinero, pero pagó por mi educación. Cuando alcancé la mayoría de edad, regresó a Polonia. Allí también habían muerto todos, pero se reencontró con los lugares de su niñez. Fui a verla varias veces. La última, poco antes de que muriera, me lo contó todo. Me habló de la joven pareja, Nicole y Henri, que habían arriesgado su vida para salvar la mía. No estaba segura de sus nombres, pero a mí me sonaron al instante de un modo íntimo, familiar. La prima de mi madre apenas sabía nada de los tres años que yo había pasado con ellos. Tan solo que me habían cuidado todo aquel tiempo y que me habían educado como si fuera su propia hija. Cuando murió, intenté localizarlos. Pero no sabía su apellido. La prima de mi madre lo había olvidado.

La malvada directora camina arriba y abajo mientras espera a que Michka termine de contar su historia, que a todas luces juzga de un interés muy relativo.

—Tampoco hay que dramatizar.

—Usted no puede entenderlo.

—Lo entiendo perfectamente, señora Seld. Se siente en deuda con ellos, como si tuviera una cuenta pendiente, y no me extraña.

—No, no es eso. Es otra cosa. Es algo mucho más fuerte.

—Sea como sea, insisto en que ya es demasiado tarde. ¡No será usted la primera en irse sin saldar sus cuentas! Pero que quede clara una cosa: yo seré la que decida *cuándo* puede irse.

Envejecer es aprender a perder.

Asumir, todas o casi todas las semanas, un nuevo déficit, una nueva degradación, un nuevo deterioro. Así es como yo lo veo.

Y ya no hay nada en la columna de las ganancias.

Un día ya no puedes correr, ni caminar, ni inclinarte, ni agacharte, ni levantarte, ni estirarte, ni encorvarte, ni darte la vuelta de un lado, ni del otro, ni hacia delante, ni hacia atrás, ni por la mañana, ni por la noche, ni nada de nada. Solo puedes conformarte, una y otra vez.

Perder la memoria, perder los referentes, perder las palabras. Perder el equilibrio, la vista, la noción del tiempo, perder el sueño, perder el oído, perder la chaveta.

Perder lo que te han dado, lo que te has ganado, lo que te merecías, aquello por lo que luchaste, lo que pensabas que nunca perderías.

Readaptarse.

Reorganizarse.

Apañárselas.

No darle importancia.

No tener ya nada que perder.

Al principio son nimiedades. Luego la cosa se acelera.

Pues una vez que empiezan, pierden sin remisión. A carretadas.

Pierden todo lo que puede perderse.

Y saben que, a pesar del esfuerzo —del combate diario que empieza cada vez de cero—, a pesar de la buena voluntad, no pierden nada por esperar.

He llamado a la puerta, pero no ha respondido.

He mirado en el pasillo, por si aún no había vuelto de comer. He preguntado por ella a las cuidadoras, pero estaban convencidas de haberla visto entrar en su habitación.

Vuelvo y llamo a la puerta. Ante la falta de respuesta, abro y entro con precaución. Michka está sentada en la butaca, con la mirada perdida. Su rostro me parece más demacrado que de costumbre. Se vuelve hacia mí y me sonríe. Hacía tiempo que no la veía, ha estado enferma y hemos tenido que suspender varias sesiones. Apenas necesito unos segundos para comprender que ha tirado la toalla.

Un puñetazo en el estómago no me habría dolido más. No sé por qué me da tanta pena. Tengo ganas de llorar.

—Buenos días, Michka, ¿cómo estás?

Michka vuelve a sonreír, pero no responde a mi pregunta.

—¿Estás cansada?

Asiente con un leve movimiento de cabeza.

—Puedo volver en otro momento, si lo prefieres.

Michka me mira, pero no responde.

—¿Quieres que me quede un rato?

—Sí.

Cojo la silla y me siento a su lado.

—Quería decirte que... Se ha...

Michka hace el gesto de algo que se deshace o se evapora entre sus dedos. Un gesto de impotencia que me duele en el alma.

—Lo he... todo...

—No, Michka, no has perdido nada. Has sufrido un golpe de fatiga, son cosas que pasan, necesitas descansar, eso es todo. Ya retomaremos los ejercicios más adelante.

—Oh, no, yo..., pero si pudieras...

—Me quedaré un rato contigo, no te preocupes. ¿Te ha llamado Marie?

—Sí, pero...

Michka vuelve a hacer el mismo gesto de impotencia.

—Yo... no... entonces... hay que...

—¿Hay nuevas noticias?

—Sí. Marie es... tanto..., pero yo no... ya no..., es demasiado... y desde hace..., siempre..., es tan dif... difuso.

Michka me mira con cara de culpabilidad.

—Tranquila, Michka, todo se arreglará.

Se hace el silencio.

Podría proponerle un juego o sacar el ordenador portátil y enseñarle unas imágenes o ponerle algo de música popular, de cuando era joven. Va muy bien para estimular los recuerdos. A los residentes les gusta mucho.

Pero me quedo callado.

A veces conviene aceptar el vacío que deja la pérdida.

Renunciar a la distracción. Aceptar que ya no hay nada que decir.

Permanecer sentado, a su vera.

Cogiéndola de la mano.

Nos quedamos así. Michka cierra los ojos y yo dejo pasar el tiempo.

Noto cómo la palma de su mano se calienta en la mía.

Me parece ver en su rostro una sombra de serenidad.

Pasados unos minutos, me levanto.

—Volveré a venir mañana, Michka.

Cuando me dispongo a cerrar la puerta, su voz me detiene.

—¿Jérôme?

Es extraño que me llame por mi nombre. Casi siempre se le olvida.

—¿Sí?

—Gracias, gracias de merdad.

Veó, como si estuviese allí, esas extensiones vacías, áridas, esos caminos devastados que surgen en mitad de sus frases cuando intenta hablar. Paisajes desolados, sin luz, de una trivialidad inquietante, y nada, absolutamente nada, a lo que aferrarse. Imágenes del fin del mundo. En cuanto empieza una frase le faltan las palabras, trastabilla como si hubiera metido el pie en un agujero. Ya no hay balizas ni puntos de referencia, pues no hay sendero capaz de atravesar tierras tan estériles. Las palabras han desaparecido y las imágenes no consiguen reemplazarlas. Su voz, asfixiada por el yugo de la derrota, se desintegra. Obstáculos desconocidos le obstruyen el paso. Masas oscuras, igualmente innombrables. Ya nada puede compartirse. Y todos sus intentos caen en un pozo sin fondo de donde nada, jamás, podrá ser rescatado. Busca en mis ojos un indicio, una clave, un atajo. Pero mis ojos no le ofrecen ninguna ayuda, ningún desvío. La ruta está cortada.

El hilo de la comunicación se ha roto.

El silencio le ha ganado la partida. Y ya nada la retiene.

MARIE

No la he llamado para decirle que vendría. Las conversaciones telefónicas se han vuelto tan confusas, tan desconcertantes, que me dejan siempre un horrible sabor a derrota.

Entro despacio en la habitación, para darle tiempo de hacerse a la idea.

Está de pie cerca de la ventana, como si la hubiese sorprendido en un momento de duda, de indecisión, detenida en tierra de nadie, entre el sillón y la cama. Lo que más me sorprende, lo que me deja estupefacta, es hasta qué punto ha cambiado en apenas unas semanas.

Se ha hecho vieja.

Esta vez sí.

Se le han hundido las mejillas, le ha cambiado el color de la piel, el cuerpo se le ha encogido, su estabilidad parece más precaria. No debo exteriorizar el dolor que la imagen me provoca, no debo mostrar ni sorpresa ni sobresalto, no debo permitir que el cuerpo me traicione con el más mínimo gesto de abatimiento. Mantengo la sonrisa y me dirijo hacia ella.

Michka me mira con incredulidad, sin poder salir de su asombro.

Imagino el trayecto que debe de recorrer la información hasta alcanzar su cerebro: aunque no la haya avisado, soy yo la que está aquí, acercándome a ella.

—Pero, bueno, Marie..., ¿y el doctor?

Está impresionada por el tamaño de mi barriga. Impresionada y emocionada.

Mientras nos besamos se sujeta a la barra de la cama para no perder el equilibrio.

—Mira, Michka, me paso el día tumbada sin salir de casa, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana, acabaré por volverme loca, ¡así que he decidido escaparme! Tenía ganas de verte.

—Ha sido... ha sido el... joven... Jé... ¿Ha sido el chaval quien te ha visado?

—Sí, me ha llamado Jérôme Milloux. Me ha dicho que se tomaba una semana de vacaciones y que te había visto un poco triste últimamente, que le daba cosa irse y que no tuvieras ninguna visita en toda la semana, pues la señora Danville está con gripe, ¿lo sabías?

—Ah... Pero no debería... No hacía..., tampoco es para..., tú tienes... que tener cuidado.

—Siéntate, Michka, voy a quedarme un rato. Yo también debería sentarme. No te preocupes, he venido en taxi y volveré en taxi. Además, a partir de esta semana, aunque pariera antes de tiempo, el bebé ya no correría ningún riesgo.

Michka se sienta.

—Ah, mucho mejor.

Me quedo mirándola. Estamos emocionadas.

—¡Estoy tan contenta de verte, Michk'!

—Sí. Yo igual.

—¿No te aburres mucho?

—Un poco..., pero ni tanto.

—¿Sabes qué he pensado? Que como te cuesta leer, podría traerte un reproductor de CD con

audiolibros. Ahora hacen cosas estupendas.

—No..., no..., es demasiado difuso.

—¿El qué? ¿Escuchar las grabaciones?

—No..., la... el... aparato.

—¿El reproductor de CD? Para nada, ya verás, no es tan complicado como crees. Tengo uno viejo con unas teclas enormes, con todo señalado encima, la próxima vez te lo traeré.

—De recuerdo... Si insistes.

Nos quedamos calladas un rato. Michka me mira. Sonríe, pero me doy cuenta. Ha renunciado. Ha renunciado a contar, a explicar nada. Se limita a devolver la pelota.

—No sé si te lo he dicho ya, pero me ha tocado una comadrona estupenda en la maternidad. Es la que me hace el seguimiento.

—Ah, muy bien.

—Y mi jefe me llamó ayer para saber cómo iba todo, es bastante majo. No parece molesto porque haya cogido la baja antes de lo previsto.

—¿Y el...? —Michka busca una palabra, con las manos dibuja algo grande, algo más grande que ella—. ¿Y el indio?

—¿Lucas?

—Sí, eso.

—Pues... se va la semana que viene. Han adelantado su incorporación, al que ocupaba su puesto en la India también lo han trasladado antes de lo previsto. Así que ni siquiera podrá ver al niño antes de irse.

—Vaya... Pero... ¿y ahora?

—Está hasta arriba de trabajo, tiene que preparar la mudanza y todo eso, pero me está ayudando mucho, no te creas, como no puedo moverme me hace la compra y me ha acompañado varias veces a la maternidad. Pero estoy bien, Michk', no te preocupes. Me las apaño perfectamente. Las cosas son como son... Ya lo sabía cuando tomé la decisión. Todo va a salir bien.

Se hace de nuevo el silencio.

Me acaricio la barriga, por encima del vestido.

—¿Se mueve?

—Sí, se mueve, es increíble.

—Es muy gordo.

—Ni que lo digas. ¡Y empieza a pesar de lo lindo! Por las noches me cuesta encontrar la posición, no paro de dar vueltas como una croqueta. ¿Y tú duermes bien, Michk'?

—Sí..., bastante bien.

Tengo que acostumbrarme. Al silencio.

—¿Y Armande cómo está?

—Pues también está... gripada. En su..., no... la he visto.

—¿Se ha quedado en su habitación?

—Sí. Allí... todavía.

—Pobre Michk', se te hacen largos los días, ¿verdad?

—Pues ni tanto. Pero... no sirvo.

—¿Y no ves la tele?

—Uy, no, demasiado... jadeo.

—El otro día vi una película que Lucas me había grabado en el ordenador. Estaba sola en casa y me puse a verla tranquilamente, tumbada en el sofá. Pero cuando se acabó empecé a llorar, ¡a llorar de una manera! No te lo puedes ni imaginar... No podía contener las lágrimas.

—Claro..., sería por culpa del... embozo..., quién sabe.

—No, qué va. Bueno, a lo mejor sí, pero no solo. ¿Quieres que te la cuente?

Por fin un destello en su mirada. A Michka le encanta que le cuente las películas que veo, los libros que leo, la vida de mis amigos. Me escucha con esa atención particular que reserva a los cuentos.

—Es la historia de un adolescente, de unos doce o trece años, educado por su padre en una zona bastante pobre de Bélgica afectada por la crisis. Se sobrentiende que la madre del chaval los ha abandonado, aunque no se sabe muy bien por qué. El padre ha vuelto a instalarse en casa de su madre, la abuela del chico, con sus dos hermanos, están los tres en el paro y no hacen nada en todo el día más allá de beber como cosacos. No es que sea especialmente triste, hay incluso momentos muy divertidos, hacen carreras de bicis, ven la tele juntos, pero al padre a veces se le va la mano con el hijo. Quizá porque siente que lo está perdiendo, o porque ve en él algo distinto. Un día se presenta en la casa una trabajadora social. El padre se pone como loco y pega a la abuela, convencido de que ha sido ella quien ha avisado a los servicios sociales. La abuela no dice nada. Mandan al chaval a un internado, donde se pone a leer y a estudiar, y empieza una nueva vida. Tiempo después descubrimos que se ha convertido en escritor, vive con una mujer y está a punto de tener un hijo. Hacia el final de la película hay un momento maravilloso en el que va a visitar a su abuela a una residencia geriátrica. Va a darle las gracias. A agradecerle que no lo delatara, que no le dijera al padre que no había sido ella la que había avisado a los servicios sociales. Porque, en realidad, los había avisado él. No te imaginas lo que lloré. Es una película preciosa sobre el origen de las cosas, sobre cómo nos relacionamos con el mundo del que venimos. Te habría gustado, Michka, estoy convencida.

De pronto parece pensativa.

—Ah, sí... Seguro.

—Yo también quiero darte las gracias, Michka. Gracias por todo. No sé qué habría sido de mí sin ti. Sin ti no habría podido quedarme en la calle de los Amandiers, sin ti seguramente no habría encontrado un sitio donde refugiarme. Y después no habría podido estudiar, y cuando me puse enferma también estuviste a mi lado, y no tengo claro que hubiese podido... superarlo. Sin ti.

Michka intenta ocultar su profunda emoción, finge buscar en el bolsillo del pantalón un clínex.

—Bah..., no es para tanto.

—Sí es para tanto.

—Tú... tú... mensajeras siempre.

Nos quedamos calladas unos segundos.

—¿Cómo se titula?

—¿La película?

—Sí.

—*La lamentabilidad de las cosas.*

—Ah... La lentamabilidad...[3]

Michka reflexiona un instante, adoptando de pronto una actitud muy seria.

—Es una palabra... espaciosa... preciosa... Pero ¿estás segura de que existe?

Ha anochecido. Las cortinas de flores están echadas.

Michka permanece en pie, bajo la luz amarilla del plafón. Sola en mitad de su cuarto, encadena movimientos silenciosos. Al principio con prudencia, luego de un modo más temerario.

Está bailando.

Levanta los brazos, da vueltas sobre sí misma. Se inclina, como si hiciera una reverencia, y se endereza de nuevo, orgullosa.

Está a punto de perder el equilibrio varias veces, pero siempre consigue rectificar a tiempo.

La voz de la niña vuelve, como en un sueño.

¿Hoy dormiré en tu casa? ¿Dejarás la luz encendida? ¿Te quedas aquí? ¿Puedes dejar la puerta abierta? ¿Te quedas a mi lado? ¿Desayunaremos juntas? ¿Tú no tienes miedo? ¿Sabes dónde está mi escuela? No apagues la luz, ¿eh? ¿Me llevarás tú si mamá no puede?

Michka abre los brazos y los cierra de nuevo sobre su propio cuerpo, abrazándose a sí misma por un instante, como si quisiera retener a alguien o acunar a un niño.

La directora de verdad entra en la habitación tras llamar a la puerta. Michka está en la cama.

—Buenos días, señora Seld, ¿cómo va todo?

—Sí. Todo bien.

—Su logopeda, el señor Milloux, está de vacaciones esta semana, se acuerda, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Me ha llamado esta mañana para que le transmita un mensaje. Me ha dicho que era muy importante. Como usted no puede responder al teléfono, me ha pedido a mí que lo hiciera.

La directora saca del bolsillo un papel donde ha hecho algunas anotaciones para no olvidarse de nada.

—Dice que los ha encontrado. Que ha encontrado a la gente de La Ferté-sous-Jouarre que usted andaba buscando. Ya no viven allí, pero continúan por la misma zona. Dice que irá a ver a la mujer, que aún está viva. Y que cuando vuelva se lo contará todo.

Michka necesita un rato para asimilar la información.

—¿Está usted... s... sería?

—Sí, por supuesto, señora Seld. Completamente sería.

—Oh..., gracias. Gracias de merdad.

Michka reflexiona unos instantes.

—Habría que... a Marie. Habría... que...

—¿Avisarla?

—Sí.

—Yo me encargo de decírselo, señora Seld. La llamaré y le transmitiré, palabra por palabra, el mensaje del señor Milloux, si es eso lo que quiere. ¿De acuerdo?

—Sí, de recuerdo.

—También quería decirle que he hablado con la cuidadora sobre el asunto que me comentó. Me ha prometido que tendrá más cuidado y que no rehará lo que usted ya haya hecho si no es necesario. Ahora está de vacaciones, pero cuando se reincorpore la semana que viene vendré a verla para saber cómo va todo.

—Oh, no sé cómo...

—No me lo agradezca, señora Seld, es mi trabajo. Bueno, me voy. Que pase un buen día.

JÉRÔME

Michka me espera sin moverse de su habitación.

Conoce mis horarios. Sabe que llego a la residencia por la mañana, pero no hemos quedado hasta las tres de la tarde. Como todos los martes. Sin duda se estará preguntando si no pasaré a verla antes, una visita rápida, aunque solo sea para intercambiar cuatro frases. Me lo he planteado, pero no quiero alterarla inútilmente. Necesito tiempo para contárselo todo.

Son las tres y, por fin, entro en la habitación.

Michka ha hecho el esfuerzo de levantarse (el personal me ha dicho que, desde hace algún tiempo, suele pasarse el día entero en la cama).

Se ha vestido para la ocasión y lleva el fular de flores que tantas veces le he elogiado. Está sentada en la butaca.

Su mirada se ilumina cuando me ve.

—¡Ah! Buenos días..., Jé...

—Buenos días, Michka, qué alegría verte. Te he echado de menos, ¿sabes?

Michka sonríe y se retoca los rulos, o lo que queda de ellos.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien. ¿Y entonces... mis... amigos?

—¡Ah! Tengo un montón de cosas que contarte. ¿Estás lista?

—Sí, sí. Muy lista.

Me mira fijamente.

Todo parece haberse ralentizado: los latidos de su corazón, la velocidad de sus gestos, el parpadeo de sus ojos. La habitación es puro silencio.

—Empiezo por el principio. No sé si sabes que llamé a Marie antes de irme de vacaciones. Te había visto muy cansada y estaba preocupado. Hablamos un rato. Me dijo que buscabas a la gente que te había salvado durante la guerra y que habíais puesto un nuevo anuncio que no había dado resultado. Me contó lo que sabía. Lo triste que estabas. Y como no tenía ningún plan especial para las vacaciones, decidí ir allí. A La Ferté-sous-Jouarre. Me gusta improvisar. Encontré un hotelito muy agradable, estuve dando vueltas dos o tres días, preguntando aquí y allá, en los bares, en las panaderías, en el despacho del notario, en la consulta del médico. Y acabé dando con un viejo zapatero que había conocido a Nicole y Henri Olfinger. Los nombres coincidían y se rumoreaba que habían ocultado a una niña judía durante algunos años. El zapatero me dio el nombre de la hija de los Olfinger, Madeleine, casada y residente en La Ferté. Así que fui a verla. Me recibió muy amablemente y me confirmó la historia. Sus padres se la habían contado numerosas veces. Se acordaban mucho de ti.

Hago una pausa para ver cómo encaja la noticia. No me quita los ojos de encima, esperando que prosiga.

—Te llevó tu madre. Pretendía llegar a la zona libre y dejarte al cuidado de unos amigos que vivían en el departamento del Ródano. Pero la vía férrea había sido bombardeada y el tren se detuvo en mitad del campo, no lejos de La Ferté-sous-Jouarre. Tu madre te cogió de la mano y

estuvisteis andando un buen rato, hasta que avistó la primera casa, a un kilómetro de la ciudad. Te dijo que la esperases junto a un árbol, que no te movieras. Llamó a la puerta. Nicole Olfinger abrió. Y tu madre le rogó a aquella mujer desconocida que se hiciera cargo de su hija de siete años. Le dijo: «Tiene que quedarse. Volveré a por ella, pero tiene que quedarse aquí. Por favor.» Henri asomó la cabeza, se miraron y aceptaron. Tu madre repitió que volvería a por ti. Pero nunca volvió.

Hago otra pausa. Observo a Michka. Su rostro no refleja más que la atención extrema que está prestando a mi relato.

—Sabían perfectamente lo que hacían. A lo que se arriesgaban. Quemaron tu abrigo con la estrella amarilla cosida. Te escondieron durante todo aquel tiempo. A los vecinos y a los amigos les dijeron que eras una sobrina. En octubre de 1943 hubo una redada en La Ferté-sous-Jouarre, quince personas fueron deportadas. Nicole y Henri, temiendo que alguien los hubiera denunciado, te escondieron en la granja, bajo una lona, durante toda la noche, pero no apareció nadie. Tiempo después, terminada la guerra, una buena mañana una mujer llamó a la puerta. Era la prima de tu madre. Tu madre le había escrito una carta con un plano, dibujado de memoria, donde le indicaba el lugar en que te había dejado. Por si se torcían las cosas. Tus padres fueron deportados pocos días después del episodio de La Ferté. Esta es la historia que Nicole y Henri Olfinger le contaron a su hija, Madeleine, que nació después de la guerra. Tu historia. Cuando te acogieron, acababan de casarse. Henri murió hace algunos años, pero Nicole sigue viviendo allí. En una residencia de la región. A sus noventa y nueve años.

Tengo a Michka enfrente. Por sus mejillas corren las lágrimas, silenciosas.

Le cojo las manos y están tan frías que por un momento temo que su corazón haya dejado de latir.

—¿Estás bien? ¿Seguro que quieres que siga?

Michka hace un gesto afirmativo.

—Fui a ver a Nicole Olfinger. Se ha quedado ciega y oye mal. Pero está muy lúcida. Le hablé de ti. Le dije que los habías estado buscando. Pero que no sabías su apellido. Lo entendió perfectamente. Me atreví a decirle lo importante que era para ti poder expresarle, por fin, todo tu agradecimiento. Se emocionó mucho, como puedes imaginarte. Le dije lo contenta que te pondrías al saber que seguía viva y que no había sido demasiado tarde. Cuando le pregunté cómo habían podido resistir aquellos tres años, me dijo estas palabras, textualmente: «Empiezas diciéndole que no al mal. Y luego ya no tienes elección.» También me dijo: «No hay que presumir de estas cosas.»

Michka se tapa la cara con las manos.

—¿Sabes, Michka? Yo también lloré cuando salí de su habitación.

Se queda así unos minutos.

—Demasiadas emociones de golpe, ¿verdad?

Michka no responde. Pero percibo su respiración y la determinación con que retiene los sollozos.

—Podríamos llevarte en primavera, quién sabe...

Michka aparta las manos y me mira.

—Sí..., pero... estoy tan... acogotada. A lo mejor.

—Si quieres, vuelvo mañana con el bloc de correspondencia y te ayudo a escribirle una carta.

¿De acuerdo?

Le tiembla el mentón, pero las lágrimas han dejado de correr por sus mejillas.

—De recuerdo.

Al día siguiente la encuentro sentada frente al escritorio.

Preparada.

Me siento a su lado.

Le alcanzo el bloc y le doy uno de mis lápices. Sé que no le gustan los bolígrafos ni los rotuladores. Quiere poder borrar, empezar de nuevo.

Se queda así unos minutos, con el lápiz en ristre. A la espera de que lleguen las palabras.

Soy consciente de lo que tardan. De lo lejanas, de lo profundas, de lo revueltas que están.

—¿Quieres que te ayude, Michka?

Hace un gesto negativo.

Me alejo de ella.

Me siento a los pies de la cama y miro por la ventana.

Tenemos todo el tiempo del mundo.

Veó cómo escribe. Muy lentamente. Una docena de palabras. Le tiembla la mano, pero se esmera. Sé que está dándolo todo, todo lo que le queda. Quemando sus últimos cartuchos.

Oigo el ruido que hace el lápiz sobre el papel. Está apretando fuerte.

Casi me entran ganas de tumbarme en la cama y quedarme dormido un rato. Y es que en esta habitación, junto a esta mujer mayor, me siento extrañamente seguro.

Michka ha terminado.

Dobla la hoja.

Sin mirar lo que ha escrito, meto el papel en el sobre y lo cierro bajo su atenta mirada. Es lo mínimo que se merece, la dignidad ante todo. Escribo la dirección del geriátrico donde vive Nicole Olfinger y el número de su habitación.

—La echaré al buzón cuando me vaya.

Michka hace un gesto de conformidad con la cabeza.

—¿Nos vemos el jueves?

Michka asiente de nuevo, parece agotada.

Pero cuando estoy a punto de irme, levanta la mano y me retiene.

—¿Y tu...? ¿Y tu pa... tu piedra?

—Ah...

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, Michka.

—Pero ¿por qué tanto tiempo?

—¿Sabes? En realidad, mi padre nunca ha hecho nada por verme. En el fondo, creo que mi existencia le resulta intolerable. No me conoce. Tiene de mí una imagen falsa, distorsionada, fijada en su mente para siempre.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. A lo mejor simplemente porque no soy el hijo con el que soñó. Como si algo en mí

le ofendiera. Me ve como un enemigo. Persigue la prueba, el defecto que lo confirme. Y responde a su manera. Pero las palabras duelen, ¿sabes? Los insultos, las ofensas, el sarcasmo, las críticas, los reproches dejan huella. Una huella imborrable. Y esa mirada que juzga, buscando el punto débil. Y las amenazas. Todo eso hace mella, ¿sabes? Luego cuesta recobrar la confianza en uno mismo. Volver a quererse. Mi padre ha sufrido. Mucho. Soy consciente de ello. Y el tiempo pasa, es verdad, tienes razón. Pero ¿se arreglarán las cosas algún día? No lo sé. No estoy seguro. Me gustaría creer que sí. Yo hace tiempo que le perdoné. Pero ignoro si algo más es posible. Algo parecido al cariño.

Michka no me quita los ojos de encima.

A modo de respuesta, me devuelve el bloc y el lápiz que le he prestado.

—Todo eso hay que ponerlo.

—¿Ponerlo dónde, Michka?

—En el papel.

—Está bien, te lo prometo. Pondré todo eso en el papel.

Michka y yo estamos cara a cara.

—Bueno, Michka, hoy te veo en plena forma, ¿qué te parece si hacemos un pequeño ejercicio de calentamiento? Dime diez palabras que rimen con mansión.

Michka responde al instante.

—Razón, blasón, profusión, estación, relación, floración, montón, inclinación, picazón, comparación.

—¡Excelente! Se nota que eres una experta. Y ahora palabras que rimen con...

—Muerto.

—Ah... Bueno... Si quieres.

—No, ahora tú, venga.

—Eh..., vale. Tuerto, concierto, puerto.

—¿Eso es todo?

Cómo le gusta pincharme.

—Va, que te ayudo: huerto, acierto, desierto, cubierto, despierto, aeropuerto..., boquiabierto.

—¡Bravo, Michka, yo sí que estoy boquiabierto!

Dejo que el silencio nos envuelva, hay que saber compartir estos momentos.

Pero no tardo en tomar de nuevo la palabra.

—No sabes cómo me cabrea la gente que se va sin avisar, Michka, así te lo digo.

—No sé de qué me hablas.

—Alguien debería avisarnos cuando la gente está a punto de morir. Me da igual si es por propia voluntad o no, al fin y al cabo eso es cosa suya. Pero deberíamos recibir una carta, una advertencia, un SMS, un mensaje de voz, un email, yo qué sé, algo meridiano, sin ambigüedades: atención, señor Menganito, la señora Fulanita, su primo, su amiga, su esposo, su vecino, su madre corre el riesgo de desaparecer en un futuro cercano, por no decir inminente. Joder.

Me cabreo en vano. Michka parece impresionada. Así que intento explicarme.

—Es que es verdad, al final es muy duro. Uno piensa que tendrá tiempo de decir las cosas, y cuando se quiere dar cuenta ya es demasiado tarde. Uno piensa que basta con dar muestras de cariño, con hacer gestos, pero no es verdad, hay que decir lo que se siente. *Decir*, esa palabra que tanto te gusta, Michka. Las palabras son muy importantes, no hace falta que te lo diga a ti, que fuiste correctora para una importante revista, si no me equivoco.

—¿Qué te gustaría decir?

—¡Y yo qué sé! Dos o tres cosas a modo de despedida... «Ha sido genial», «Me ha encantado haberte conocido», «Todo un honor», «Un placer», «Buen viaje hacia lo desconocido», «Mucha suerte en el más allá», «Gracias por todo», ¡yo qué sé! O quizá, sencillamente..., estrecharte entre mis brazos.

—Pues adelante.

Me acerco a Michka. Noto cómo su cuerpo frágil se apoya en el mío, al principio con

prudencia, luego entregándose al abrazo.

De pronto, la voz de Jacques Brel invade la pequeña habitación.

Esbozamos unos pasos de danza.

Une valse à cent temps

Une valse à cent ans

Une valse ça s'entend

À chaque carrefour

Dans Paris que l'amour

Rafrâchit au printemps... [4], [5]

Es Michka quien se separa.

—Estás soñando, Jérôme, ¿no es cierto? Aunque, a decir verdad..., ¡ya no sé si soy yo quien sueña o eres tú! Pero esto es un sueño, de eso estoy completamente segura.

JÉRÔME (2)

Me gustó en cuanto la vi.

La reconocí, sí, esa es la palabra.

Pensé: me quedo con todo.

Con su sonrisa, con su tristeza, con sus ojeras.

Con la niña que fue al parque sin abrigo. Con la mujer que luce barriga debajo del abrigo.

Con el bebé, con el agua del baño, con el vaho en el espejo.

MARIE

Hay un sinfín de palabras convencionales, afectadas, que usamos en estos casos.

Para consolar a los demás. Para intentar aliviar su pena. Y de paso la nuestra.

«Hiciste todo lo que pudiste», «Fuiste muy importante para ella», «Suerte que estabas ahí», «Te quería tanto», «Hablaba de ti muy a menudo».

Nadie se atreverá a llevarnos la contraria.

Esta mañana, a la hora de levantarse, Michka no ha abierto los ojos.

Ha muerto mientras dormía.

Es la mejor muerte que podía esperar.

Lo sé.

Antes de haberlo perdido todo.

Jérôme, el logopeda, viene a mi encuentro en el pasillo.

Parece muy afectado.

—Hola, soy Jérôme.

—Hola, soy Marie.

—Habría preferido que nos conociéramos... en otras circunstancias. ¿Has podido verla?

—Sí, sí. He pasado la mañana a su lado. Antes de que se la llevaran. Parecía aliviada. Tenía una expresión serena. Como si se hubiera dormido así, con la agradable certeza de que no iba a levantarse.

Su mirada me rehúye unos instantes, se evade, sumida en oscuros pensamientos. Luego, sus ojos vuelven.

—¿Y no saben la causa? Quiero decir... ¿El médico no te ha contado nada?

—No. Solo eso. Que ha muerto mientras dormía, que no ha sufrido. Es lo que todos querríamos, ¿no?

—Sí, desde luego.

Jérôme me observa, duda un segundo.

—Y tú, Marie, ¿cómo estás? Me imagino que para ti es un momento... difuso.

Sonrío.

—Sí. Pero ni tanto.

Ahora es él quien sonrío.

—Quería darte las gracias, Jérôme, gracias de merdad. Por lo que hiciste por ella. Por haber ido a La Ferté-sous-Jouarre, yo también lo pensé varias veces. Pero no me atreví. Tenía miedo de que fuese demasiado emotivo para ella, de que no pudiese resistirlo. Pero tenías razón.

—¿Sabes? Michka me ha dado mucho. Muchísimo. No sé por qué nos encariñamos más de unos pacientes que de otros. Pero yo también tendría que haberle dado las gracias, las gracias de merdad.

—Creo que ya lo hiciste a tu manera. ¿Vendrás a los falarales?

—Sí, de recuerdo.

—Habrá canapés.

—¡De chichón, espero!

—Cuenta con ello. Y de sermón.

—Si necesitas ayuda para vaciar la habitación, avísame. Suelo estar por aquí...

—Gracias.

—¿Hasta pronto, entonces?

—Sí, hasta pronto.

Lo veo alejarse por el pasillo y entrar en otra habitación.

Su voz diáfana se cuela a través de la puerta.

—Buenos días, señora Lefébur, ¿qué tal estamos hoy?

NOTAS

[1] «Reímos, brindamos. Desfilan en nosotros los heridos, / Los lastimados; les debemos memoria y vida. Pues vivir / Es saber que todo instante de vida es un rayo de sol / En un mar de tinieblas, es saber ser agradecido.» (*N. del T.*)>

[2] «¿Adónde van las palabras / Que resisten / Que desisten / Que razonan / Y emponzoñan? / [...] ¿Adónde van las palabras / Que nos hacen y deshacen / Que nos salvan / Cuando todo nos abandona?» (*N. del T.*)>

[3] El título original de la película es *De helaasheid der dingen*, traducido al francés como *La Merditude des choses*, lo que provoca la confusión de Michka con *mercitude* (algo así como *gracitud*)>, un neologismo que remite al título de la novela y a los equívocos constantes entre *merci* y *merdi*, que aquí hemos traducido como «gracias de merdad». El título de la película aparece traducido en numerosas páginas especializadas como *La lamentabilidad de las cosas*, lo que nos dejaba poco margen de maniobra para reproducir el juego de palabras. (*N. del T.*)>

[4] Jacques Brel, *La Valse à mille temps*, 1959 (letra: Jacques Roman Brel, Éric Blau), Warner Chappell Music France / Les Éditions Jacques Brel. (*N. de la A.*)>

[5] «Un vals de cien tiempos / Un vals de cien años / Un vals que se escucha / En cada rincón / De París donde el amor / Se renueva en primavera.» En francés, los tres primeros versos suenan exactamente igual. (*N. del T.*)>